

Vasili Grossman (1905-1964) y su novela *Todo fluye*

Vasili Grossman (1905-1964) and his novel *Forever Flowing*

Hans van den Berg*

Resumen:

*El autor examina la vida y obra del escritor ucraniano-judío Vasili Grossman, uno de los escritores de la era soviética más importantes, pero no suficientemente leído ni estudiado debido a la represión y persecución que sufriera en vida durante el régimen de Stalin. La segunda parte del trabajo se concentra específicamente en el análisis de la novela *Todo fluye*, y finalmente el autor concluye reflexionando sobre el sentido general de la obra de Grossman en relación a la libertad y otros valores humanos y su trágico destino en la historia de Rusia.*

Palabras clave: Vasili Grossman, Libertad, totalitarismo soviético, hitlerismo.

Abstract:

*The author goes over the life and works of Ukrainian-Jew writer Vasili Grossman, one of the most important writers of the soviet domination period, nevertheless not known or studied sufficiently due to the Stalin regime repression and persecution he suffered during his live. The second part of the paper analyzes his novel *Forever Flowing*, and ends up evaluating the general meaning of Grossman's works concerning freedom and other human values related to his tragic doom in Russia's history.*

Keywords: Vasili Grossman, Freedom, soviet totalitarianism, hitlerianism.

* Universidad Católica Boliviana "San Pablo".
rector@ucb.edu.bo

1. Introducción

Fascinante y al mismo tiempo impactante es la historia de la suerte de los manuscritos de muchas obras literarias que fueron producidas durante la era de la Unión Soviética. Lo primero, porque esta historia ha tenido con frecuencia características verdaderamente policíacas y detectivescas. Lo segundo, porque esta historia nos revela mucho acerca de las tragedias personales de los autores. Muchas obras fueron confiscadas y depositadas en los archivos de la tristemente famosa cárcel Lubianka, en Moscú, y fueron conocidas recién después de la desintegración de la mencionada Unión. Otras llegaron por vías clandestinas y secretas a Occidente y fueron publicadas allá antes de ser editadas en su país de origen, algunas ya durante la vida de sus autores, como en el caso de *Dr. Zivago*, de Boris Pasternak, y *Archipiélago Gulag*, de Alexander Solzhenitsyn, otras después de la muerte de su autor, como en el caso que presentaremos en este estudio (Chentalinski, 1994 y Shentalinski, 2006).

Hace cuarenta años, seis años después de su fallecimiento, llegó a Alemania una primera versión, bastante reducida, de la obra *Todo fluye* del autor judío ucraniano Vasili Grossman, la última novela que escribió en su vida (Grossman, 2010b). Fue editada en el original ruso por la editorial Posev, en Fráncfort del Meno. Dos años después aparecieron ya traducciones al alemán y al inglés. Pasaron, sin embargo, veintiocho años para que se llegase a conocer la versión completa de la obra. Poco antes de su muerte, Grossman había confiado esa versión integral de su obra a Ekatarina Vasilevna Zabolotskaya, viuda del poeta Nikolai Zabolotski (1903-1958). Ella guardó cuidadosamente la obra y la entregó en marzo de 1992 a John Garrard, catedrático de la Universidad de Arizona. Garrard publicó la obra y la tradujo también al inglés (ver también Garrard, 1994). Empezó a investigar la vida de Grossman, junto con su esposa Carol, y publicó en 1996 en Nueva York una extensa biografía del autor (Garrard-Garrard, 1996). Dos años antes ya se había publicado en Oxford una primera biografía de Grossman (Ellis, 1994).

En 1980, diez años después de la aparición en Occidente de *Todo fluye*, se conoció en Suiza la obra magna de Vasili Grossman: *Vida y destino* (Grossman, 2007b), en la que había trabajado durante diez años, de 1950 a 1960, y que tiene como tema principal la historia del cerco que los alemanes pusieron en la Segunda Guerra Mundial a la ciudad de Stalingrado. Grossman entregó una copia de esta obra a dos de sus amigos íntimos, Semen Izraelevich Lipkin y Viaceslav Ivanovic Loboda. Lipkin encargó a Vladimir Voinovic y a Andrei Sajarov y su esposa, Elena Bonner, hacer microfilms del manuscrito. A finales de los años setenta del siglo pasado, la austríaca Rosemarie Zigler, especialista en literatura eslava, logró hacer pasar estos filmes al filólogo Efim Etkind, un ruso emigrado, y éste, junto con un colega ruso, Simon Markish, reconstruyó la obra de Grossman a base de estos filmes, los mismos que lastimosamente

tuvieron considerables deficiencias. La obra fue editada en Lausanne, Suiza, por la editorial *L'Age d'Homme*, en 1980. Pronto se hicieron traducciones a otros idiomas. En Rusia la versión de Lausanne de *Vida y destino* fue reeditada en 1988, primero en la revista *Okjabr* y después como libro en la editorial Knishnaya Palata. A finales de los años ochenta la otra copia fue entregada a los herederos de Vasili Grossman por Vera Ivanovna Lobanova, la viuda de Viaceslav Ivanovic Loboda, y a base de este original se pudo editar en Moscú, en 1990, la obra completa.

2. La vida de Vasili Grossman

Vasili Grossman nació el 12 de diciembre de 1905 en Berdichev, una ciudad ucraniana que albergaba una de las comunidades judías más grandes de Europa. Sus padres, Semyon Osípovich Grossman y Yekaterina Savelievna Grossman, eran judíos acomodados y asimilados. Hacia finales de la primera década del siglo XX, Semyon y Yekaterina se divorciaron, y la mujer fue con su hijo a Suiza, donde vivieron entre 1910 y 1912. En 1912 retornaron a Berdichev. Entre 1914 y 1919 Vasili hizo sus estudios secundarios en Kiev, la capital de Ucrania. A causa de la guerra civil, retornó a Berdichev. En el año 1921 se trasladó nuevamente a Kiev, para estudiar ingeniería química. En 1923, Vasili se estableció en Moscú para continuar sus estudios de química en la Universidad Estatal. Sin embargo, ya durante su estadía en Moscú empezó a interesarse por la literatura y sentir la vocación de ser escritor. El 22 de enero de 1928 se casó con Anna Petrovna Matsuk, y en enero de 1930 nació su hija Yekatarina. Después de su graduación como químico retornó a Ucrania y se estableció en Donetsk, donde trabajó como inspector en una mina de carbón y profesor de química en un instituto médico. En 1931 se enfermó de tuberculosis, estuvo un tiempo en un sanatorio en Sukhumi, la capital de Abjasia, en el Cáucaso, y después regresó a Moscú. En 1932 se divorció de su primera mujer.

En el año 1933 Vasili fue interrogado por la policía secreta en relación con la detención de una prima hermana suya, Nadezhda Almaz, que había sido acusada de trotskismo y mantenía ciertos contactos políticos con el trotskista Viktor Serge (1890-1947). Grossman tenía también ciertas relaciones con Viktor Serge, pero éstas eran más de carácter amistoso. Nadezhda fue condenada a un breve período de trabajo en un campamento penitenciario. Para el mismo Grossman, este episodio no tuvo consecuencias. Viktor Serge logró huir de la URSS en 1936 y murió en México en 1947.

En 1934 escribió su primer cuento, titulado *En la ciudad de Berdichev*, que en abril de aquel año fue publicado en la *Literaturnaya Gazeta*. Se trata de la historia de una mujer, comisaria de la caballería del ejército rojo durante la guerra civil, que en un momento dado se encuentra embarazada. Se hospeda en la

casa de una familia judía pobre, donde da a luz a un hijo. Cuando los ejércitos blancos avanzan hacia la ciudad, la comisaria decide unirse a su regimiento, dejando a su hijo en manos de la pareja judía¹. Este cuento llamó la atención del famoso escritor Maksim Gorki (1868-1936), y éste aconsejó a Grossman dedicarse enteramente a la literatura. A finales del mismo año 1934 fue publicada la primera novela de Vasili Grossman: *¡Buena suerte!*², que tiene como tema principal la vida de los mineros de carbón en Ucrania. A esta novela siguió la trilogía *Stepan Kolchuguin*, escrita entre 1937 y 1940³. En esta obra Grossman describe la vida de Stepan y de pobres obreros, mineros y soldados desde el año 1905 hasta los primeros años de la Primera Guerra Mundial. De hecho, la obra quedó inconclusa, porque Grossman había concebido la idea de escribir una gran epopeya sobre la Revolución, lo que no logró.

En 1935 Vasili Grossman empezó a relacionarse con Olga Mijailovna Guber, esposa del poeta Boris Andreevich Guber. Olga se divorció y se casó con Vasili en mayo de 1936. Boris Guber fue arrestado y ejecutado en 1937. Olga fue también arrestada, acusada de no haber denunciado a su esposo. Grossman escribió una carta al director de la NKVD, Nikolai Iezhov (1895-1940), indicándole que Olga era su esposa y que había roto totalmente con su ex marido⁴. Además, Grossman adoptó oficialmente a los dos hijitos que Olga tenía de Guber, Fiodor y Misha. En 1938 Olga Mijailovna fue puesta en libertad.

En el mismo año 1937 Vasili Grossman fue integrado como miembro en la Unión de Escritores Soviéticos. Sin embargo, nunca se afilió al partido comunista.

Cuando el 22 de junio de 1941 las tropas alemanas invadieron la Unión Soviética, Grossman quiso viajar a Berdichev para traer de allá a su madre. Su esposa no estaba muy de acuerdo con esa idea, o porque el departamento que tenían en Moscú era muy pequeño, o porque ella no se llevaba muy bien con la madre de Vasili. Sea como sea, Grossman ya no logró viajar a Ucrania: Berdichev fue ocupada por los alemanes el 7 de julio y en septiembre del mismo año se perpetró la masacre de los 30.000 judíos de la ciudad, entre ellos Yekaterina Savelievna Grossman⁵. Durante prácticamente toda su vida Vasili Grossman

1 En 1967 el cineasta Aleksandr Askoldov hizo de este cuento una película, titulada *Kommisar*. Fue el año del 50 aniversario de la Revolución de Octubre, y las autoridades soviéticas confiscaron la película por carecer de lo que se llamaba 'realismo heroico' y por enfatizar demasiado el papel que en ella jugaban los judíos. Askoldov fue expulsado del partido comunista y se le prohibió seguir dedicándose al cine. En 1986, durante el Festival de Cine de Moscú, Aleksandr Askoldov fue rehabilitado y pudo realizar una reconstrucción de *Kommisar*, la misma que fue presentada en 1988 y obtuvo aquel mismo año el Oso de Plata en el famoso Festival de Cine de Berlín.

2 No conocemos una traducción de este libro a alguna lengua occidental.

3 No existe traducción de esta obra a algún idioma occidental.

4 Años más tarde, el amigo íntimo de Vasili Grossman, Semyon Lipkin, escribió acerca de esta carta: "Todo esto podría parecer perfectamente normal, pero sólo un hombre muy valiente se hubiera atrevido a escribir una carta como ésa al principal verdugo del Estado".

5 Ver: Grossman, Vasili, *Holocaust in Berdichev*, <http://www.berdichev.org/holocaust.html>. Durante los años de la guerra Grossman mantuvo de alguna manera una vaga esperanza de que su madre siguiera viva, pero poco a poco la fue

mantuvo el remordimiento de no haber rescatado a tiempo a su madre. La recordaba siempre. Es más, en dos momentos de su vida, en 1950 y en 1961, le escribió una carta⁶. En la primera de estas cartas escribió:

Querida mamá:

Me enteré de tu muerte en el invierno de 1944. Cuando llegué a Berdichev entré en la casa donde vivías y que la tía Aniuta, el tío David y Natasha habían abandonado, y comprendí que habías muerto. Pero desde septiembre de 1941 mi corazón ya sentía que habías muerto. [...] Sólo lo supe cuando llegué a Berdichev y hablé con la gente que sabía de la ejecución en masa que tuvo lugar el 15 de septiembre de 1941.

He tratado docenas o quizá cientos de veces de imaginarme cómo moriste, cómo caminaste hasta encontrar tu muerte. He tratado de imaginar a la persona que te mató. Fue la última persona que te vio viva. Sé que estarías pensando en mí en aquel momento.

Ahora han pasado más de nueve años desde que dejé de escribirte cartas, contándote mi vida y mis trabajos, y he acumulado tantas cosas en mi alma durante estos nueve años que he decidido escribirte para contártelo, y por supuesto para que conozcas mis penas, nadie más está particularmente interesado en ellas. Tú eras la única que te interesabas siempre por mis aflicciones.

Puedo sentirte hoy tan viva como estabas el día en que te vi por última vez, y tan viva como cuando me leías de pequeño. Y mi dolor es todavía el mismo que aquel día cuando tu vecino de la calle Uchilishchnaya me dijo que habías muerto, que no había esperanza de encontrarte entre los vivos. Y pienso que mi amor por ti y esta terrible pena no se alterará hasta el día de mi muerte (Beevor y Vinogradova, 2006: 321-322).

Y en la segunda leemos:

Querida madre:

Han pasado veinte años desde el día de tu muerte. Te quiero, te recuerdo todos los días de mi vida y mi dolor nunca me ha abandonado durante estos veinte años.

perdiendo. En la primera quincena de octubre de 1941 (¡dos o tres semanas después de la muerte de su madre!) pasó dos días en Moscú y aprovechó de la oportunidad para hacer una breve visita a su padre: "Pasé un rato en casa con papá. Hablé con papá sobre mi mayor preocupación, pero no debo escribir sobre ella. Está en mi corazón día y noche. ¿Está viva? ¡No, no lo está! Lo sé, lo presiento" (Beevor y Vinogradova, 2006: 91). El 10 de enero escribió a su esposa: "Pienso en mamá, todavía no creo que esté muerta. No puedo aceptarlo. El dolor real por ella me atezará después..." (Beevor y Vinogradova, 2006: 117-118). El 31 de mayo de 1942 dijo en una carta a su padre: "He recibido una carta del Departamento de Emigración diciendo que mamá no está en la lista de los evacuados. Sé que no había conseguido escapar, pero el corazón se me encoge cuando leo esas líneas mecanografiadas" (Beevor y Vinogradova, 2006: 153). El 20 de marzo escribió a su padre: "Veo a mamá en mis sueños. Estaba justo frente a mí, y tan vívida, toda la noche, mientras viajaba. Después de esto me sentí muy extraño el día siguiente. No, no creo que siga todavía viva. Viajo todo el tiempo por zonas liberadas, y veo lo que han hecho esos malditos monstruos a nuestros ancianos y niños. Y mamá era judía" (Beevor y Vinogradova, 2006: 281). Por fin se enteró de su muerte: fue en el invierno de 1944, más de tres años después de la muerte de ella.

⁶ Estas cartas están reproducidas en Grossman (2006 y 2010a).

Yo soy tú, querida madre, y mientras viva también tú estarás viva. Y cuando yo muera tú vivirás en el libro que te he dedicado y cuyo destino es tan parecido al tuyo. Me parece ahora que mi amor por ti se está haciendo más grande y más responsable porque quedan muy pocos corazones en los que vivas todavía.

He estado relejendo hoy, como lo he hecho durante todos estos años, las pocas cartas que conservo de las cientos que me escribiste [...] He llorado sobre tus cartas, porque tú estás en ellas: con tu amabilidad, tu pureza, tu vida tan amarga, tu equidad, tu generosidad, tu amor por mí, tu preocupación por la gente, tu mente maravillosa. No temo a nada, porque tu amor está conmigo y porque mi amor está contigo siempre (Beevor y Vinogradova, 2006: 322-323).



La madre del escritor

Se trata precisamente de su majestuosa obra *Vida y destino*, en cuya página dedicatoria se lee: “*A la memoria de mi madre, Yekaterina Savelievna Grossman*”. En esta obra se encuentra una larga carta de la madre de uno de los grandes protagonistas del libro, Viktor Pávlovich Shttrum, en la que se despidió de su hijo desde el gueto que las tropas alemanes han formado en la ciudad donde vive (¡Berdichev!) (Grossman, 2007b: 94-110). Sin duda Vasili Grossman ha redactado esta carta como si su propia madre se despidiera de él.

Vitia, estoy segura de que mi carta te llegará, a pesar de que estoy detrás de la línea del frente y detrás de las alambradas del gueto judío. Yo no recibiré tu respuesta, puesto que ya no estaré en este mundo. Quiero que sepas lo que han sido mis últimos días; con este pensamiento me será más fácil dejar esta vida.

Es difícil, Vitia, comprender realmente a los hombres... Los alemanes irrumpieron en la ciudad el 7 de julio. En el parque la radio transmitía las noticias de última hora. Salía de la policlínica, después de las consultas, y me detuve a escuchar la locutora, que leía en ucraniano un boletín sobre los últimos combates. Oí un tiroteo a lo lejos. Luego algunas personas cruzaron corriendo el parque. Seguí mi camino a casa, sin dejar de sorprenderme por no haber oído la señal de alarma aérea. De repente vi un tanque y alguien gritó: “¡Los alemanes están aquí!”.

Al principio tuve un miedo espantoso; comprendí que no te volvería a ver, y me entraron unas ganas locas de volver a verte, de besarte la frente, los ojos una vez más. Entonces me di cuenta de la suerte que tenía de que estuvieras a salvo (Grossman, 2007b: 94).

Vitenka, terminé ya la carta y voy a llevarla al límite del gueto, se la entregaré a mi amigo. No es fácil interrumpir esta carta, ésta es mi última conversación contigo, y cuando la haya entregado me habré apartado de ti definitivamente, nunca sabrás lo que han sido mis últimas horas. Ésta es nuestra despedida. ¿Qué puedo decirte antes de separarme de ti para siempre? En estos últimos días, como durante toda mi vida, tú has sido mi alegría. Por la noche me acordaba de ti, de

la ropa que llevabas de niño, de tus primeros libros; me acordaba de tu primera carta, tu primer día de escuela; todo, me acordaba de todo, desde tus primeros días de vida hasta la más mínima noticia que recibí de ti, el telegrama que recibí el 30 de junio. Cerraba los ojos y me parecía, querido mío, que me protegías del horror que se avecinaba sobre mí. Pero cuando pienso lo que está ocurriendo, me alegro de que no estés a mi lado y que no tengas que conocer este horrible destino.

¿Cómo poner punto final a esta carta? ¿De dónde sacar fuerzas, hijo mío? ¿Existen palabras en este mundo capaces de expresar el amor que te tengo? Te beso, beso tus ojos, tu frente, tu pelo.

Recuerda que el amor de tu madre siempre estará contigo, en los días felices y en los días tristes, nadie tendrá nunca el poder de matarlo.

Vitenka... Ésta es la última línea de la última carta de tu madre. Vive, vive, vive siempre...

Mamá

*(Grossman, 2007b: 109 y 110)*⁷

Todavía al final de su vida Vasili Grossman debe haber pensado en su madre, a saber, cuando concluyó de redactar la última página de *Todo fluye*. El protagonista de la novela ha retornado a su pueblo natal en Ucrania y sube una colina para buscar la casa de sus padres:

Quedaba el último recodo del camino. Por un momento fue como si una luz nunca vista antes, increíblemente viva, inundase la tierra. Unos pasos más aún y en aquella luz vería su casa, y su madre se acercaría a él, hijo pródigo, y él se arrodillaría ante ella, y las jóvenes y bellas manos de ella se posarían sobre su cabeza calva y cana” (Grossman, 2010b: 286).

Grossman se presentó ofreciéndose entrar como soldado raso en el ejército ruso para ayudar a combatir a los invasores alemanes. No fue aceptado debido a su mal estado de salud, pero las autoridades militares lo destinaron como periodista a *Estrella Roja*, el periódico de los ejércitos rusos. Allí conoció a otro gran autor ruso del siglo XX, Ilyá Ehrenburg (1891-1967), quien, al igual que él, escribió reportajes sobre el desarrollo de la guerra entre Alemania y la Unión Soviética. A solicitud de Grossman, en 1942 fue aceptado también como reportero de la guerra para *Estrella Roja* un tercer gran novelista del siglo pasado, Andrei Platónov (1899-1951)⁸.

Vasili Grossman siguió al ejército ruso donde sea que fuese posible, sin temor, valientemente, relacionándose en especial con los soldados rasos, entre los que ganó pronto gran popularidad por su profundo sentido humano, su

⁷ Ver también sobre esta carta: Bonnet (2010).

⁸ Para una buena información sobre la vida de este escritor, ver: de Julián Aguiles: “Andrei Platonov o la tragedia del escritor como ingeniero del alma”, <http://www.diariodigital.com.do/articulo,56432.html>.

buen humor y su sincero interés en la suerte de aquellos hombres. El escritor Viktor Nékrasov (1911-1987), que sirvió como soldado en el ejército que defendía Stalingrado, recordó más tarde: “*Los periódicos con artículos de Grossman y Ehrenburg eran leídos y releídos por nosotros hasta que quedaban hechos jirones*” (Nékrasov, 1962).

A comienzos del año 1942, Grossman fue herido en una escaramuza y tuvo licencia médica durante algo más de dos meses. Durante este tiempo escribió su primera novela bélica: *El pueblo inmortal* (en Grossman, 2009: 9-204), que relata las hazañas heroicas de un pelotón de soldados⁹, publicada por entregas en *Estrella Roja* en el verano de aquel año. Estuvo presente en Stalingrado casi durante todo el tiempo que allá se enfrentaron los ejércitos rusos y alemanes¹⁰. Después de la derrota de los alemanes en la última batalla que se libró alrededor de aquella ciudad, Grossman siguió al ejército soviético en sus movimientos hacia occidente, entró con ellos en Ucrania y llegó finalmente a Berlín¹¹.

En 1943 falleció uno de los hijos adoptivos de Vasili Grossman, Misha Guber, a causa de la explosión de una bomba cerca del cuartel donde era recluta. Tenía quince años. Su madre, Olga Mijailovna, entró en una profunda crisis y necesitó mucho tiempo para superar la trágica pérdida de su querido hijo. Años más tarde, en *Vida y destino*, Grossman proyectó los sentimientos dolorosos y las profundas penas que había tenido su mujer por entonces, en Liudmila Nikoláyevna, la esposa de Viktor Pávlovich Shtrum, uno de los alter ego de Grossman en su gran novela. Liudmila recibió la noticia de que su querido hijo Tolia, fruto de su primer matrimonio, había sido gravemente herido y que se encontraba en un hospital de la ciudad de Sarátov, a orillas del río Volga. Decidió ir allá para acompañar a su hijo. Poco después de llegar a aquella ciudad, se entera de que su hijo había fallecido.

Liudmila Nikoláyevna se acercó al pequeño túmulo y leyó en la tablilla de madera contrachapada el nombre de su hijo y su rango militar.

Sintió con claridad que los cabellos se le movían bajo el pañuelo, como si una mano fría jugara con ellos.

Cerca, a derecha e izquierda, hasta la verja, por todo el espacio se diseminaban túmulos idénticos, grises, sin hierba, sin flores, con una única ramita de madera que brotaba de la tierra sepulcral. En el extremo de esta ramita había una tablilla con el nombre de la persona sepultada. Las tablillas abundaban y su densa uniformidad recordaba una hilera de espigas de grano germinadas en un campo.

9 El protagonista de la obra es el comandante Hamazasp Khachaturovich Babadyanian (1906-1977), el mismo que en 1956 aplastó cruelmente la insurrección de Hungría.

10 En 1943 se publicó su obra *Stalingrad*, una colección de ensayos que describen la defensa de la ciudad, la contraofensiva soviética y el cerco que los rusos pusieron a las fuerzas alemanas. Esta obra se encuentra en Grossman (2009: 245-376).

11 Para informarse sobre la labor periodística que Grossman realizó durante aquellos años, ver Beevor y Vinogradova (2006).

Por fin había encontrado a Tolia. Muchas veces había intentado imaginar dónde estaba, qué hacía, en qué pensaba, si su pequeño dormía apoyado contra la pared de la trinchera, o estaba en marcha, o tomaba té, si estaba corriendo campo a través bajo el fuego enemigo... Deseaba estar a su lado, sabía que la necesitaba: le habría servido té en la taza, le habría dicho "come un poco más de pan", le habría quitado el calzado y lavado los pies desollados, envuelto una bufanda alrededor del cuello... Pero siempre desaparecía, no conseguía encontrarlo. Y ahora que había encontrado a Tolia, ya no la necesitaba.

Lo que estaba vivo había muerto. El único que vivía en todo el mundo era Tolia. ¿Qué silencio la rodeaba! ¿Sabía él que su madre había venido...?

- Aquí estoy, ya he llegado, y tú probablemente pensabas que tu madre no vendría... (Grossman, 2007a: 182-184).

Al entrar con las fuerzas soviéticas en Ucrania, Grossman se enteró primero de la enorme masacre que los alemanes habían perpetrado en Babi Yar, cerca de Kiev, los días 29 y 30 de septiembre de 1941, matando a alrededor de 100.000 personas, entre las cuales alrededor de 35.000 judíos¹². Grossman entró también en su ciudad natal, Berdichev, y obtuvo informaciones acerca de la matanza que los nazis habían hecho allá en septiembre de 1941, matanza en la que perdió la vida, como hemos dicho, su propia madre. En dos impactantes textos Grossman fue el primero en informar al mundo sobre lo que se había vivido y experimentado en su tierra natal durante la ocupación nazi. Allá escribió *El viejo profesor*¹³, *Ucrania*¹⁴ y *Ucrania sin judíos*¹⁵. Al dirigirse hacia Berlín, el ejército rojo pasó por Treblinka y Grossman escribió un escalofriante reportaje sobre lo que observó y escuchó acerca de los dos campamentos que los nazis habían construido allá¹⁶. Los alemanes, preocupados por el avance de

12 Beevor da como cifra exacta 33.771 judíos: "A finales de septiembre de 1941 sus tropas [del mariscal de campo Von Reichenau] fueron utilizadas para transportar a 33.771 judíos hasta el barranco de Babi Yar, en las afueras de la ciudad [de Kiev], donde fueron sistemáticamente asesinados por el *Sonderkommando* 4^a de las SS" (Beevor y Vinogradova, 2006: 104).

13 El viejo profesor es un judío anciano que acompaña a su pueblo desde el día 7 de julio de 1941, día de la ocupación de Berdichev por las tropas alemanas, hasta la matanza de los judíos que se realizó el 15 de septiembre de aquel año (en Grossman, 2009: 207-244).

14 En este pequeño ensayo, escrito cerca de Kiev en octubre de 1943, Grossman describe los sufrimientos de su pueblo bajo el dominio alemán y resalta de modo especial el papel que han jugado durante la ocupación los guerrilleros ucranianos. Grossman termina este ensayo con las siguientes palabras: "Estas líneas han sido escritas no lejos de Kiev. La ciudad se ve a lo lejos. Brillan las cúpulas del monasterio, se vislumbran en la ligera neblina los blancos muros de las altas casas... Gentes llegadas de Kiev relatan que los alemanes han rodeado con un cordón de tropas la inmensa tumba de Babi Yar, a la que fueron arrojados los cadáveres de cincuenta mil judíos asesinados en Kiev a finales de septiembre de 1941. Ahora los están desenterrando febrilmente para quemarlos... ¿Acaso son tan insensatos como para creer que pueden borrar sus tétricas huellas? Esas huellas han sido impresas para la eternidad con el fuego de las lágrimas y de la sangre de Ucrania. Y en la noche más cerrada se percibe su siniestro fulgor" (Grossman, 2009:444)

15 Este artículo fue rechazado por la redacción de *Estrella Roja*, porque, conforme a las instrucciones de Moscú, no se podía llamar la atención hacia grupos especiales de ciudadanos de la Unión Soviética. El artículo fue publicado por la revista *Eynikayt*, del Comité Antifascista Judío. No hemos encontrado una traducción de este artículo a algún idioma occidental. Está parcialmente reproducido en Beevor y Vinogradova (2006:311 y 313-314).

16 El campamento N.º 1 era un campo de trabajo o penitenciario ordinario, el campamento N.º 2 era un campo exclusivamente de exterminio de judíos. El segundo campo fue construido a mediados del año 1942 y funcionaba como 'fábrica de la muerte' hasta finales de invierno de 1943, cuando Heinrich Himmler visitó el campo y ordenó poner fin

las tropas soviéticas, eliminaron a todos los habitantes de aquel triste campamento de concentración. Sin embargo, algunos pudieron escapar a la matanza, y Grossman tuvo la oportunidad de entrevistarles. En noviembre de 1944 se publicó en *Estrella Roja* lo que escribió Grossman sobre esta experiencia: *El infierno de Treblinka* (Grossman, 2009: 508-562. Ver también Grossman y Aharoni, 1984), texto que más tarde fue presentado como testimonio en los famosos juicios de Núremberg:

El espíritu de economía, la exactitud, el cálculo, la pulcritud pedantesca son todos ellos rasgos plausibles que poseen muchos alemanes. Aplicados a la agricultura o a la industria, dan sus frutos. El hitlerismo aplicó estos rasgos al crimen contra la humanidad y las SS del Reich procedieron en el campo de concentración polaco exactamente como si se tratara del cultivo de coliflores o de patatas.

El terreno ocupado por el campo de concentración está dividido por unas barracas iguales y rectangulares construidas a cordel, y por caminitos bordeados de abedules y enarenados. Se construyeron estanques de cemento para aves domésticas, lavaderos para la ropa con unos cómodos peldaños, servicios para el personal alemán, un horno de cocer pan bien acondicionado, peluquería, garaje, surtidor de gasolina con una esfera de cristal, depósitos. [...] En la construcción de estos campos se reflejaron los rasgos característicos de la precisión alemana, del espíritu de ahorro mezquino, la pedantesca tendencia al orden, la afición alemana a la reglamentación, al esquema elaborado hasta los más pequeños e insignificantes detalles. [...]

El campo N° 1 existió desde otoño de 1941 hasta el 23 de julio de 1944. Fue completamente suprimido cuando los detenidos oían ya el sordo rugido de la artillería soviética...

El 23 de julio por la mañana temprano los guardianes y los SS, después de beber unas copas para armarse de valor, emprendieron la liquidación del campo de concentración. Por la noche habían sido muertos y enterrados todos los presos.

*El carpintero de Varsovia Max Levit logró salvarse saliendo herido de entre los cadáveres de sus compañeros cuando se hizo oscuro, y se arrastró hacia el bosque. Contó cómo, tumbado en la zanja, oyó a treinta chicos que al ser fusilados cantaron la canción *Mi gran país querido* (Grossman, 2009: 510 y 511).*

Grossman presenta la historia de Treblinka tal como la había reconstruido a base de los testimonios que dieron los sobrevivientes y algunos habitantes de la región a quienes entrevistó. Una historia escalofriante en todo sentido, al final de la cual dijo:

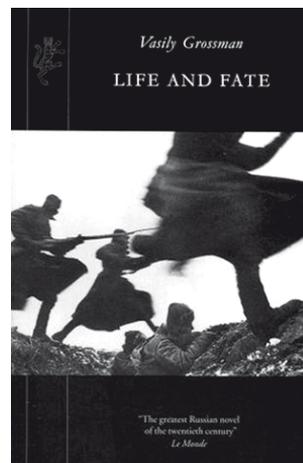
a las matanzas e incinerar todos los cadáveres que se encontraban amontonados en las inmensas fosas que se habían excavado. Según los cálculos de Grossman, fueron asesinados en Treblinka alrededor de tres millones de judíos.

La mera lectura de estas cosas es terriblemente dura. Pero que el lector me crea: no es menos duro escribirlas. Es posible que alguien pregunte: “¿Para qué escribir, para qué recordar todo esto?” El deber del escritor es el de contar la espantosa verdad, y el deber ciudadano del lector es conocerla. Todo aquel que vuelve la cabeza, que cierra los ojos y pasa de largo ofende la memoria de los caídos (Grossman, 2009: 549).

De 1943 a 1946 Vasili Grossman e Ilyá Ehrenburg, ambos judíos, fueron integrantes del Comité Antifascista Judío y participaron en la elaboración de un Libro Negro sobre las matanzas de judíos por parte de los nazis, una iniciativa mundial de Albert Einstein. La parte del proyecto dedicada a la exterminación de judíos dentro de la Unión Soviética fue concluida en 1946, pero las autoridades soviéticas se negaron a publicarla, es más, decidieron destruir los originales. Además, se disolvió el Comité y trece de sus miembros fueron ejecutados. Sin embargo, también de esta obra se pudo guardar una copia, y parte de la misma fue publicada en 1980. Una versión integral de la misma salió en Kiev, en 1991, y de esta edición se hizo una traducción al francés, en 1995 (Grossman y Ehrenbourg, 1995)¹⁷. Tenemos que añadir a estos datos algo que Grossman escribió acerca del *Libro Negro* en una carta a su amigo y colega Ilyá Ehrenburg, a saber, que su obligación moral era hablar en nombre de los muertos, “*en nombre de los que yacen en la tierra*”¹⁸.

Tres años después de la conclusión de la Gran Guerra Patriótica, Vasili Grossman concluyó la redacción de una obra llamada *Por una causa justa*, considerada como el primer volumen de su proyecto sobre Stalingrado. La entregó a la revista *Novy Mir*. Tres veces *Novy Mir* comenzó a imprimir la novela, pero la suspendió por órdenes del partido. Finalmente se publicó esta novela en 1952, pero con muchos cambios hechos en el texto original. Hubo reseñas bastante positivas, pero en febrero de 1953 el escritor Mijail Bubenov (1909-1983) publicó en *Pravda* una crítica vehemente contra el libro. Recién en 1956, tres años después de la muerte de Stalin, se pudo editar la novela en una versión integral.

El 5 de enero de 1951 murió en total pobreza Andrei Platónov. Grossman, amigo íntimo suyo, le había visitado casi diariamente durante las últimas semanas de su vida, y pronunció el discurso más profundo en la ceremonia de su entierro. A mediados de los años 50, Grossman tomó la iniciativa de crear y dirigir una Comisión para la Herencia Literaria de Andrei Platónov, que tenía como objetivo principal editar las obras de este gran escritor. El proyecto



17 De la mano de Grossman se encuentran en esta gran obra dos contribuciones: “La matanza de los judíos en Berdichev” y “Treblinka”.

18 Ver el artículo de Robert Chandler, “Vasili Grossman. En nombre de los que yacen en la tierra”, publicado en Letras Libres de febrero de 2007: <http://www.letraslibres.com/index.php?art=11832>.

no pudo prosperar, porque el Gobierno no autorizó la publicación de ningún texto de Platónov.

En marzo de 1952 el periódico oficial *Pravda* publicó un artículo en el que se reveló el descubrimiento de un complot contra Stalin y otras autoridades soviéticas orquestado por un grupo de médicos judíos. Se organizó una campaña de firmas para exigir la pena de muerte contra aquellos médicos. Entre muchos otros autores, temerosos de ser perseguidos al no aprobar esa iniciativa, también Grossman puso su firma al pie del documento. Pronto tuvo que reconocer que había cometido un grave error, pero no pudo liberarse del remordimiento que le había causado lo que había hecho. Transmitió este remordimiento a dos de sus grandes obras. En *Vida y destino*, Viktor Pávlovich Shtrum, el gran físico nuclear, no mucho después de haber hecho un descubrimiento sumamente importante, es llamado por teléfono por Stalin, quien le comunica que se encuentra muy satisfecho de él y le felicita por la importante labor que está realizando. Unos días después llega a su oficina y sus colegas le hablan de una campaña que se estaba realizando en Inglaterra contra la Unión Soviética:

Una campaña de difamaciones –insistió Shishakov. Han publicado una lista de científicos y escritores soviéticos que supuestamente habrían sido fusilados; se habla de un número increíble de individuos condenados por motivos políticos. Con un fervor incomprensible, incluso diría sospechoso, tratan de refutar los crímenes del doctor Pletniov y Levin¹⁹, los asesinos de Maksim Gorki, delitos corroborados en la instrucción del caso y por el tribunal (Grossman, 2007b:1056)²⁰.

Los colegas presentan luego a Shtrum un documento que han elaborado y le piden poner su firma debajo de él. Shtrum, absolutamente convencido de la inocencia de los mencionados dos médicos, después de muchas vacilaciones, pero sobre todo para quedar bien con Stalin, pone su firma en el documento. Pero luego se arrepiente y el narrador señala su remordimiento:

¿Con qué fin había cometido ese terrible pecado? En el mundo todo era insignificante comparado con lo que había perdido. Nada valía tanto como la verdad, la pureza de un pequeño hombre, ni siquiera el imperio que se extendía del océano Pacífico al mar Negro, ni tampoco la ciencia.

Vio con claridad que no era demasiado tarde, que todavía tenía fuerzas para levantar la cabeza, para continuar siendo el hijo de su madre.

No buscaría consuelo ni justificación. Aquel acto torpe, vil, bajo le serviría de eterno reproche: se acordaría de él noche y día. ¡No, no, no! No se debía aspirar a la proeza para después enorgullecerse y jactarse.

19 Se trata de los médicos Dmitri Pletniov (1871-1941) y Lev Levin (m. 1938).

20 El investigador ruso Vitali Chentalinski ha comprobado, a base de documentos que encontró en los archivos del KGB, que Maksim Gorki murió de muerte natural (ver Chentalinski, 1994:397-483).

Cada día, cada hora, año tras año, es necesario librar una lucha por el derecho a ser un hombre, ser bueno y puro. Y en esa lucha no debe haber lugar para el orgullo ni la soberbia, sólo para la humildad. Y si en un momento terrible llega la hora desesperada, no se debe temer a la muerte, no se debe temer si se quiere seguir siendo un hombre.

“Bueno, ya veremos –dijo–. Tal vez tendré la fuerza. Tu fuerza, mamá (Grossman, 2007b: 1066–1067).

En *Todo fluye* es Nikolái Andréyevich, primo hermano del protagonista de la obra, un famoso biólogo, a quien pone Grossman en la situación en que él se había encontrado en el año 1952:

En los periódicos comenzaron a aparecer artículos satíricos que desenmascaban a los arribistas y granujas que, de modo fraudulento, habían obtenido sus diplomas y grados académicos; a los médicos que trataban a los niños enfermos y a las parturientas con una crueldad criminal; a los ingenieros que, en lugar de hospitales y escuelas, construían dachas para sus familiares. Casi todas las personas denunciadas en esos artículos eran judías, y los periódicos daban sus nombres y patronímicos con un celo especial (Grossman, 2010b: 26).

Nicolái dudaba mucho de la verdad de todas las acusaciones que se presentaban, pero, como había crecido su fama y estaba esperando una promoción que lo incorporaría a la Academia Soviética de Ciencias, cede a las presiones, como Grossman da a entender entre líneas, y se solidariza con los que pedían el castigo más severo para los criminales. Muere Stalin y se revela que todo había sido falso:

La mañana del 5 de abril [de 1953], Nikolái Andréyevich despertó a su mujer con un grito desesperado:

– ¡Masha” ¡Los médicos no son culpables! ¡Los sometieron a torturas, Masha! El Estado ha reconocido su terrible culpa, ha confesado que utilizaron métodos de interrogatorio no permitidos por la ley.

Después de un primer momento de felicidad y una luminosa sensación de alivio espiritual, Nikolái Andreyévich experimentó por primera vez en su vida un sentimiento desconocido: algo turbio, tormentoso (Grossman, 2010b: 40–41).

Cuando un tiempo después Nikolái se encuentra con su primo, a quien ha recogido en la estación de trenes y ha traído a su casa, en la conversación que tienen allí, se desarrolla el siguiente diálogo:

Iván Grigórievich, que ya había comprendido que la visita a su primo, lejos de procurarle alivio le acarrearía nuevas angustias, le preguntó con gravedad:

– Dime, ¿firmaste aquella carta que condenaba a los médicos asesinos? Oí hablar de ello en el campo por la gente que fue arrestada.

- *Querido, sigues siendo el mismo excéntrico de siempre... - dijo Nikolái Andréyevich, pero se le entrecortó la voz y se quedó callado.*

Sintió que la angustia se le helaba la sangre en las venas, y que al mismo tiempo estaba sudando, ruborizado, que las mejillas le ardían.

Sin embargo, no se arrodilló y finalmente dijo:

- *Amigo mío, amigo mío, no sólo para vosotros, en los campos, la vida ha sido difícil; también lo ha sido para nosotros (Grossman, 2010b:64).*

En 1950 Vasili Grossman había empezado a trabajar en lo que iba a ser la obra más voluminosa e impactante de su carrera literaria: *Vida y destino*. La redacción de esta gran novela le tomó más de diez años. Contra el consejo de sus amigos más íntimos, Semyon Lipkin y Yekaterina Zabolotskaya, Grossman entregó el manuscrito de su obra a los editores de la revista *Znamya*. Fue en octubre del año 1960. Los editores de *Znamya*, después de haber leído la novela, decidieron entregarla en las oficinas del KGB. El 14 de febrero del año siguiente tres agentes de esta famosa institución estatal se presentaron en el apartamento de Grossman y se llevaron todo lo que encontraron relacionado con la redacción de la obra. En febrero de 1962, desesperado por la suerte de su obra, Vasili se atrevió a escribir una carta a Jruschov²¹, pidiéndole devolverle su obra:

Constantemente he pensado en el desastre que se ha realizado en mi vida de escritor y en la trágica suerte de mi libro.

Sin rodeos quiero hacerle partícipe de mis pensamientos. En primer lugar tengo que decirle lo siguiente: he llegado a la conclusión de que mi libro no contiene mentiras. He escrito lo que consideraba y sigo considerando como la verdad, y sólo he descrito lo que he meditado, sentido y vivido.

Mi libro no es un libro político. En cuanto me lo permitieron mis limitadas capacidades, he hablado de seres humanos, sobre sus tristezas, sus alegrías, sus errores y su muerte. He escrito sobre amor para con los hombres y compasión con los hombres.

En mi libro hay páginas amargas y tristes que tratan de nuestro pasado reciente y de acontecimientos de la guerra. Tal vez sea difícil leer estas páginas. Créeme, fue difícil también escribirlas. No pude hacerlo de otro modo.

*Su discurso en el XXII Congreso del Partido²² ha echado una fuerte luz nueva sobre los trágicos errores que bajo el gobierno de Stalin han sido cometidos en nuestro país y me ha fortalecido en la convicción de que *Vida y destino* no está en contradicción con la verdad que usted ha hablado, que ya ahora la verdad está en*

21 La carta está reproducida en Grossman (2006 y 2010a).

22 25 de febrero de 1956.

posesión nuestra y que no puede esperar 250 años. Tanto más doloroso es que se me ha quitado con violencia mi libro. Amo este libro como un padre ama a sus hijos. Robarme mi libro es como robarle a un padre su hijo.

Ya ha pasado un año y no sé si existe todavía mi libro, si se lo ha guardado o si tal vez ya haya sido destruido o quemado.

Si mi libro es una mentira, que se lo cuente a los que quieren leerlo. Si es calumnia, que se lo diga. ¡Que los ciudadanos soviéticos, los lectores soviéticos, para quienes estoy escribiendo desde hace treinta años, juzguen acerca de lo que es verdad y lo que es mentira en mi libro!

Le ruego poner en libertad a mi libro. No hay sentido ni verdad en mi actual situación, en mi libertad física, mientras el libro al que he dado mi vida se encuentra encarcelado. Por fin, lo he escrito, no me he distanciado de él y no lo haré. Hace doce años empecé a trabajar en este libro. Sigo creyendo que he escrito la verdad, por amor y compasión, porque creo en los hombres. Le ruego una vez más poner en libertad a mi libro²³.

A causa de esta carta Vasili Grossman fue invitado a mantener una conversación con el ideólogo soviético Mijail Suslov (1902-1982). Éste le hizo entender que el libro era peligroso y que ni en doscientos años sería editado²⁴. Esto significó que la obra no fue liberada. Es más, las autoridades soviéticas ordenaron sacar sus obras anteriores de las librerías.

A pesar de su tristeza y su abatimiento, Grossman seguía trabajando en lo que iba a ser su última novela, *Todo fluye*. Pero antes de concluirlo, tuvo la oportunidad de hacer un viaje de dos meses a Armenia. Fue en octubre de 1961. Tenía que tomar contactos allá para revisar una obra del escritor armenio Hratchia Kotchar (¿1911?-1966), *Los hijos de la casa grande*. No sabemos cómo atendió el encargo que se le dio, pero sí que tomó allá apuntes de las impresiones que le dieron los habitantes de aquella parte de la Unión Soviética. Con estos apuntes redactó su penúltimo libro: *La paz esté con vosotros. Apuntes de un viaje en Armenia* (Grossman, 2007a). Grossman entregó el manuscrito a la revista *Novy Mir*, solicitando la publicación del mismo. No se le hizo caso. Recién después de su muerte se publicó la obra, de forma muy mutilada, en la revista *Literaturnaia Armenia*. En 1988 esta obra fue editada integralmente.

Grossman falleció el 14 de septiembre de 1964 y, a solicitud suya, fue enterrado en el cementerio judío Vostrykovskoe de Moscú.

23 El texto de esta carta lo encontré en un pequeño libro en holandés: De geschiedenis van een manuscript. Over Vasili Grossman Leven & lot, Amsterdam, Uitgeverij Balans, 2008. Traduje los fragmentos reproducidos del holandés al castellano. La carta a Jruschov está reproducida en Grossman (2006).

24 Un relato de la conversación entre Suslov y Grossman está reproducido en Grossman (2006).

3. Todo fluye

3.1. La narración básica

La copia de su obra *Todo fluye* que Vasili Grossman confió a Ekaterina Vasilevna Zabolotskaya, y que ella, a su vez, entregó a John Garrad, demuestra claramente que Grossman trabajó largamente en esta novela y que este trabajo ha tenido varias etapas. La base de la obra es un relato sobre Iván Grigórievich, un hombre que, siendo estudiante universitario, fue delatado por uno de sus compañeros, Vitali Antónovich Pineguin, y que pasó durante treinta años en cárceles y campos penitenciarios. Gracias a una amnistía que las autoridades soviéticas decretaron después de la muerte de Stalin, Iván fue puesto en libertad. Desde alguna estación ferrocarril de la ruta transibérica -he aquí el comienzo de la novela- manda un telegrama a un primo suyo, el biólogo Nikolái Andréyevich, anunciando su retorno a Moscú y pidiendo que, si fuese posible, lo recoja en una de las estaciones de la ciudad.

La primera parte de la novela describe el encuentro que Iván tiene en Moscú con su primo Nikolái y la esposa de éste, María Pávlovna, y la visita que hace después a Leningrado. En la casa de su primo Iván se entera de que la que había sido su novia en sus días de estudio en la universidad, Ania Zamkovskaya, se había casado. La noticia le impacta seriamente:

- *Kolenka –intervino de repente María Pávlovna-, háblale de Ania Zamkovskaya.*

Al instante marido y mujer sintieron la agitación de Iván Grigórievich.

- *Ella te escribía, ¿verdad? – preguntó Nikolái Andréyevich.*

- *Su última carta es de hace dieciocho años.*

- *Sí, sí, está casada. Su marido es físico-químico, en fin... Se dedica a cuestiones nucleares. Viven en Leningrado, imagínatelo, en el apartamento donde vivió un tiempo con sus padres. La vemos a menudo durante las vacaciones, en otoño... Antes preguntaba siempre por ti, pero después de la guerra, a decir verdad, dejó de hacerlo.*

Iván Grigórievich tosió y dijo con la voz enronquecida:

- *Creía que estaba muerta: dejó de escribirme (Grossman, 2010b:60).*

Iván se da cuenta que su presencia en Moscú no es del agrado de Nikolái y María y, por más que insisten en que se aloje en su casa, decide alejarse de ellos. Viaja a Leningrado, donde pasa tres días. Visita el famoso Museo del Hermitage, pero no estaba



en condiciones de quedarse mucho tiempo en él²⁵. Un día pasa por la casa de su antigua novia.

Se acercó hasta la casa donde vivía Ania Zamkovskaya y le pareció increíble volver a ver las ventanas altas, el revestimiento de granito de las paredes, el mármol de los peldaños que blanqueaba en la oscuridad, la red metálica alrededor del ascensor... ¡Cuántas veces se había acordado de aquella casa! Acompañaba a Ania después de sus paseos nocturnos y se quedaba allí parado, debajo de la ventana, hasta que se encendía la luz. Ella le decía: "Aunque volvieres de la guerra ciego o mutilado, sería feliz por tu amor".

Iván Grigórievich vio las flores en la ventana entreabierta. Permaneció un rato al lado de la puerta, después siguió su camino. No le dio un vuelco el corazón: allí, cuando estaba detrás de la alambrada, esa mujer que creía muerta estaba más cerca de su alma que hoy, cuando se había detenido bajo su ventana (p. 76).

En Leningrado Vitali Antónovich Pineguin, ahora un hombre acomodado y de prestigio, por casualidad –había tenido que dejar su coche en un garaje e ir a pie a su oficina– se encuentra con Iván. De inmediato se siente incómodo y se pregunta si Iván sabía que en aquel tiempo él lo había denunciado.

Se reconocieron enseguida, si bien el Iván Grigórievich actual no se parecía en nada al estudiante universitario de tercer curso, y el Vitali Antónovich Pineguin que se había encontrado, con impermeable gris y sombrero de fieltro, no se parecía al joven que en otro tiempo llevaba una chaqueta de estudiante gastada.

Al percibir el estupor en la cara de Pineguin, Iván Grigórievich dijo:

- Veo que ya me dabas por muerto.

Pineguin se quedó desconcertado.

- Hace unos diez años se decía que...

Con sus ojos vivos y penetrantes, escrutaba la mirada de Iván Grigórievich.

- No te preocupes– dijo Iván Grigórievich –, no he vuelto del otro mundo ni soy un fugitivo, lo que sería aun peor. Tengo pasaporte y todo lo demás, igual que tú.

Esas palabras indignaron a Pineguin.

- Cuando me encuentre con un viejo amigo, no me interesa por su pasaporte.

Había llegado muy alto, pero, en el fondo, continuaba siendo un buen tipo.

25 "Fue al Museo del Hermitage y lo abandonó lleno de aburrimiento y de frío. ¿Era posible que los cuadros hubieran seguido siendo tan bellos durante todos aquellos años, mientras él se transformaba en un viejo presidiario? ¿Por qué no habían cambiado, por qué no habían envejecido los rostros de las divinas madonas y el llanto no había cegado sus ojos? ¿Era posible que de aquella eternidad, de aquella inmutabilidad, no derivara su fuerza sino su debilidad? ¿Era así como el arte traicionaba al hombre que lo había creado?" (p.75).

Hablase de lo que hablase –de sus hijos, de “lo mucho que has cambiado, pero igualmente te he reconocido al instante”–, sus ojos seguían a Iván Grigórievich, ávidos y fascinados.

– Bueno, eso es todo, en pocas palabras...– dijo Pineguin – ¿Y tú, qué me cuentas?

Iván Grigórievich pensó para sus adentros: “Sería mejor que tú me contaras algo más...”.

Por un instante Pineguin se quedó helado, casi como si le hubiese leído el pensamiento.

– No sé nada de ti– dijo Pineguin.

Y de nuevo la espera, como si Iván Grigórievich fuera a responderle: “Bien que hablaste de mí cuando lo creíste oportuno. ¿Qué quieres que te cuente ahora?”.

Pero Iván Grigórievich guardó silencio e hizo un gesto de indiferencia con la mano.

Y de repente Pineguin lo comprendió: Vánechka, el pobre diablo, no sabía nada y no podía saber nada. Los nervios, los nervios... ¿Por qué diantres había escogido aquel día para llevar el coche al mecánico? (Grossman, 2010b:80-81).

Poco después de este encuentro con Vitali Antónovich Pineguin, Iván abandona Leningrado para dirigirse a Ucrania, su tierra natal. Con esto termina la primera parte de la novela.

En una pequeña ciudad ucraniana, Iván Grigórievich encuentra trabajo en una cooperativa para inválidos, y alojamiento en la casa de la viuda de un sargento, muerto en el frente, Anna Serguéyevna²⁶. Anna tiene un hijo que está presutando su servicio militar, y en su casa vive también un sobrino, Aliosha, con quien pronto Iván llega a tener una relación de agradable amistad. También la relación entre Anna Serguéyevna e Iván va profundizándose poco a poco y llega finalmente a un verdadero amor mutuo.

Iván Grigórievich vio a su madre en un sueño. Caminaba por el margen de un camino y se echaba a un lado para dejar pasar una larga fila de tractores y camiones de descarga. Ella no veía a su hijo. Él le gritaba: “Mamá, mamá, mamá...”, pero el pesado estruendo de los tractores ahogaba su voz.

No dudaba que en medio del bullicio del camino ella reconocería en el presidiario de cabello blanco a su hijo: sólo con que le oyera, sólo con que le viera un instante, pero ella no le oía, no le veía.

Desesperado abrió los ojos. Inclínada sobre él había una mujer medio vestida: él había llamado a su madre en sueños, y la mujer se le había acercado.

²⁶ En la novela se la llama también con el nombre de su esposo finado, Anna Mijaliova, o también simplemente Mijaliova.

Estaba a su lado. De repente, con todo su ser, sintió que era hermosa. Le había oído gritar en sueños y se le había acercado, sintiendo por él ternura y piedad. Los ojos de la mujer no lloraban, pero en ellos había visto algo más grande que las lágrimas de compasión: vio algo que nunca había visto en la mirada de la gente.

Era hermosa porque era buena. La cogió de la mano. Ella se acostó a su lado y él sintió su calor, sintió su tierno pecho, los hombros, el cabello. Le parecía sentir todo aquello no despierto sino en sueños: despierto, nunca había sido feliz.

Toda ella era bondad, y él comprendía con cada milímetro de su cuerpo que la ternura, el calor, el susurro de aquella mujer eran hermosos porque su corazón estaba lleno de bondad hacia él, porque el amor es bondad.

La primera noche de amor... (p.163-164).

Este amor no puede desarrollarse y profundizarse como a Iván le hubiera gustado: Anna se enferma de cáncer de pulmón. “Pasaron tres semanas, y a Anna Serguéyevna la ingresaron en un hospital. Al despedirse de Iván Grigórievich, le dijo: ‘Está claro que nuestro destino no era ser felices en este mundo’ (p. 201).

Una hermana de Anna, que vivía en la misma ciudad, recoge a Aliosha, e Iván se siente solo como nunca: “Iván Grigórievich entró en la habitación vacía. Todo estaba en silencio. Le pareció que, después de haber vivido toda la vida solo, únicamente aquella tarde había sentido de verdad qué era la soledad” (p. 201).

No mucho tiempo después muere Anna Serguéyevna.

Como epílogo de la novela, Grossman cuenta que Iván Grigórievich abandona la ciudad donde había sido feliz y se dirige en tren a su pueblo natal, cerca al mar, donde ‘todo fluye’:

En verano Iván Grigórievich partió hacia la ciudad costera, donde, al pie de la verde montaña, estaba la casa de su padre.

El tren corría junto a la orilla, y durante una breve parada Iván Grigórievich bajó del vagón para mirar el agua verde y negra en continuo movimiento, que olía a frescor salado (p. 283)

En esta parte narrativa de *Todo fluye*, que en la copia de Ekatarina Vasilevna Zabolotskaya abarca 78 páginas mecanografiadas, Grossman ha insertado en diferentes lugares otros textos que debe haber escrito una vez concluido el texto principal. Estos fragmentos están en parte manuscritos, en parte mecanografiados. Se puede reunirlos como dos conjuntos: un conjunto de narraciones y testimonios sobre acontecimientos históricos y vivencias personales, y un conjunto de reflexiones sobre diferentes temas relacionados con la historia de Rusia y de la Unión Soviética.

Por lo que respecta a las narraciones, encontramos primero un largo relato sobre Nikolái Andréyevich, cuando éste está esperando a su primo en una

estación de Moscú donde aquél debe llegar. Nikolái hace una reflexión acerca de lo que hasta aquel momento ha sido su vida dentro de las peculiares circunstancias del rumbo que ha tomado su país. Demuestra cierta inclinación hacia la autocrítica, pero en el fondo hace una justificación de sus actos: dadas las circunstancias ha tenido que acomodarse a la situación para salvar su pellejo y no correr el riesgo de ser degradado o perseguido, como había pasado con tantos de sus conciudadanos. El tercer capítulo de la novela empieza con las palabras: “*Mientras esperaba a su primo, Nikolái Andréyevich pensaba en su vida y se preparaba para arrepentirse de ella ante Iván*” (p.21). Había estudiado biología y en una primera etapa de su vida profesional había tropezado con muchas dificultades para hacer una buena carrera. Sin embargo, siempre había podido contar con el apoyo incondicional de su esposa, quien lo consideraba un verdadero genio. Poco a poco le había ido mejor y en aquel momento de espera en la estación se consideraba un hombre que había alcanzado casi la meta que se había puesto. Sin embargo, algo le remordía en su conciencia: “*¿Había vivido correctamente? ¿Era de veras un hombre honesto como todos a su alrededor le consideraban? Crecía, se reforzaba en su alma aquel sentimiento tormentoso, de penitencia*” (p. 41). Encuentra la respuesta en el hecho de que a lo largo de toda su vida había acatado lo que las autoridades soviéticas decretaban al pueblo: “*Toda su vida consistía en un gran y prolongado acto de obediencia; ni una vez había desobedecido*” (p.43). Y esto, en el fondo, significa que el Estado es, en última instancia, el responsable de los actos de los súbditos sumisos:

La divinidad, la infalibilidad del Estado inmortal, no sólo oprimía al individuo sino que también lo protegía y lo consolaba de su debilidad, justificaba su nulidad: el Estado cargaba sobre su espalda de hierro todo el peso de la responsabilidad, liberaba a los hombres de la quimera de la conciencia (p. 41).

Una breve narración nos lleva a la persona de Pineguin. Después del encuentro con Iván sigue su camino, todavía molesto consigo mismo por haber llevado su auto al taller mecánico, pero, para tranquilizar su conciencia, se dirige al restaurante donde siempre se le recibe con todos los honores que merece.

“¡El diablo fue quien me empujó a ir a pie!”, se repetía Pineguin. No quería pensar en lo malo y oscuro que durante décadas había dormido en él y que ahora de repente se había despertado. No se trataba de su mala acción, sino de la estúpida casualidad que le había hecho encontrarse con el hombre al que le había buscado la perdición. De no haberse encontrado con él por la calle, lo que dormía en su interior nunca se habría despertado.

Pero se había despertado, y Pineguin, sin darse cuenta, cada vez pensaba menos en la estúpida casualidad y se alarmaba y preocupaba cada vez más. “En definitiva, es un hecho, fui yo, precisamente yo, el que denunció a Vánechka, mientras que habría podido no hacerlo; le rompí la columna vertebral a un hombre, pero... ¡que se vaya al diablo!

Estaba sentado en la penumbra, en silencio, con los ojos entornados, y el convencimiento de que la suya había sido una vida justa pugnaba con la confusión y el horror que habían resucitado en él, con el fuego y el hielo del arrepentimiento.

Pero en ese momento el pesado terciopelo que encortinaba la puerta de la cocina comenzó a moverse, y Pineguín, al reconocer por la cabeza calva a su camarero, pensó: “Es para mí”.

La bandeja, emergiendo de la penumbra, flotó hasta Pineguín, y éste vio el rosa ceniciento del salmón entre soles de limón, el negro del caviar, el verde de invernadero de los pepinos, los lados escarpados de una garrafa de vodka y una botella de agua mineral.

No es que fuera un sibarita, ni tampoco tenía tanto apetito, pero en aquel preciso instante al viejo enfundado en el chaquetón dejó de perturbarle la conciencia (pp. 105-106).

Mashenka Liubíмова es una mujer sencilla que, después de haber pasado ocho meses en la famosa cárcel moscovita Butirki, fue mandada a un campo de régimen especial, sin derecho a correspondencia, por la simple razón de que no había denunciado a su marido. Ahora va en un convoy en dirección del campo al que la han destinado. Pasan por su memoria las dos veces que los agentes habían llegado a su casa para registrarla y llevarse a su querido Andréi, la primera vez, y a ella misma, la segunda. Y se hace preguntas: “*Masha no comprendía por qué ella, y decenas de otras como ella, debían denunciar a sus maridos, por qué Andréi, y cientos de otros como él, debían denunciar a los compañeros de trabajo, a los amigos de la infancia*” (p.142). Estas preguntas no tienen respuesta, como tampoco la pregunta referida a dónde habían llevado a Yulka, su niña de tres años.

Sin duda sólo en un joven corazón femenino pueden convivir estos dos tormentos: la inquietud de una madre, el apasionado deseo de salvar a un hijo abandonado, y al mismo tiempo, la infantil sensación de indefensión ante la cólera del Estado, el deseo de esconder la cabeza en el pecho de la madre (p. 145).

El convoy sigue avanzando, y Masha siente los primeros síntomas del tifus: la cabeza confusa, turbia, pesada. Pero no, nada de tifus, está bien. Y de nuevo, en el tren, la esperanza ha encontrado un sendero hacia su corazón. Pronto llegarían al campo y le gritarían: “Liubíмова, sal de la fila, hay un telegrama para ti. Estás libre”, etcétera, y así sucesivamente: viaja hacia Moscú en un tren de pasajeros, he aquí Sófrino, Púshkino, la estación de Yaroslavl, ve a Andréi, que tiene a Yulia entre sus brazos (p. 148).

La historia de Masha (Mashenka) que presenta Grossman es la historia de una mujer que se rehúsa a dejar de esperar; que, cueste lo que cueste, sigue creyendo que un día podrá reencontrarse con su esposo Andréi y con su querida hijita Yulia (Yulka). Una vez en el campo, a pesar del trabajo durísimo a que es sometida, sigue alimentando esa esperanza:

Pero la melancolía por el marido y la hija persistía y la esperanza no había muerto, sólo se lo parecía: la esperanza dormía. Y Masha sentía su sueño como se siente en los brazos a un niño dormido y, cuando la esperanza se despertaba, el corazón de la joven se llenaba de felicidad, de luz y de aflicción” (p. 152).

Su vida en el campo se hace cada vez más dura, se agota cada vez más. “Y sin embargo la esperanza anidaba en su corazón: volvería a ver a su familia...” (p. 153). Y más adelante: “Masha también esperaba, con una esperanza atormentadora. Pero era esa esperanza la que le permitía respirar, incluso cuando la atormentaba” (p. 158). Sin embargo, a la larga, por más que se esforzara para mantenerla viva, la esperanza iba convirtiéndose en desesperación; y finalmente muere.

La esperanza la había abandonado, se había quedado completamente sola... Nunca vería a Yulia, ni hoy ni de vieja con los cabellos canos, nunca.

Dios mío, Dios mío, ten piedad de ella, Señor, perdónala.

Un año después Masha abandonó el campo. Antes de cobrar la libertad, permaneció acostada en una cabaña helada, sobre una tarima de pino. Ya no la apremiaban para que fuese a trabajar. Nadie la maltrataba. Los camilleros depositaron a Masha Liubímova en una caja cuadrangular, hecha de tablas que el servicio de control técnico había desechado. Miraron por última vez su cara. Tenía una expresión de dulce éxtasis infantil, de confusión, la misma con la que había escuchado, al lado del almacén de la serrería, aquella música alegre, primero sintiendo alegría, luego comprendiendo que no había esperanza (p. 161).

El tema de los convoyes que parten de muchas partes de Rusia hacia los campamentos penitenciarios de Siberia juega un papel importante en la novela de Vasili Grossman. El convoy es símbolo de la vida misma. Cuando Iván ha encontrado por fin su tranquilidad en la casa de Anna Serguéyevna, se da cuenta que ha llegado también al final de su vida:

Pero aquellos treinta años de trayecto, aquel estruendo del tren que se había prolongado durante una treintena de años seguía tronándole en la cabeza, le resonaba en los oídos, como si el convoy corriese, corriese... Pero no era el ruido del viaje lo que le zumbaba en los oídos: en su cabeza retumbaba la esclerosis, la vida que tocaba a su fin (p. 119)²⁷.

27 En otras partes de la novela leemos: “[A Iván] le embargó una extraña sensación, como si toda su vida hubiera transcurrido viajando día y noche en el interior de un vagón chirriante y durante décadas hubiese oído el rumor sordo de las ruedas, y ahora por fin hubiese llegado a destino: el convoy se había detenido” (p. 119). “De repente, Iván Grigórichev pensó: ‘¿Era de veras mi camino, mi destino? Sí, con aquellos convoyes empezó mi ruta. Pero ahora el viaje ha terminado” (p. 134).

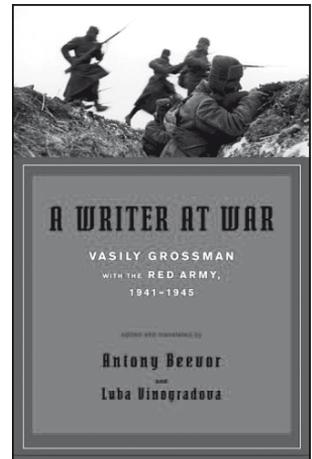
Y es precisamente en relación con los convoyes que aparece en la obra de Grossman el título de su obra: *Todo fluye*.

No hace mucho tiempo, poco después de la Gran Guerra Patriótica²⁸, se instalaron peines de acero bajo el fondo de los vagones de cola. Si durante el trayecto un detenido desmonta el suelo y se lanza de plano sobre las vías, el peine lo agarrará, lo estirará y lo arrojará bajo las ruedas. ¡Ni para ti ni para mí! Para los que después de romper el techo del vagón se encaraman a él, han instalado proyectores que, como puñales, atraviesan las tinieblas, desde la locomotora hasta el último vagón; y la ametralladora que vela el convoy sabe qué tiene que hacer si un hombre corre sobre el techo... Sí, todo evoluciona. La economía del convoy ha cristalizado. Está todo: al valor añadido, el bienestar de los oficiales del convoy en su vagón de estado mayor, la reducción de las raciones de los detenidos y de los perros, la compensación del traslado calculada en función de los sesenta días de trayecto del convoy hacia los campos de la Siberia Oriental, la circulación de mercancías en el interior de los vagones, la feroz acumulación primitiva y la pauperización paralela. Sí, todo fluye, todo muta, nadie entra dos veces en el mismo convoy (p. 133)²⁹.

En el concepto de Grossman la muerte significó para Mashenka encontrar la libertad. El tema de la libertad es constante en toda la novela *Todo fluye*. Lo toca por primera vez en el capítulo dedicado a la reflexión que hace su primo Nikolái sobre su vida. Nikolái contrasta su propia actitud de obediencia (ciega) al Estado con el afán de Iván de defender la libertad:

En la universidad, en su círculo de estudios filosóficos, Iván mantenía violentas discusiones con los profesores de materialismo dialéctico. Las discusiones se prolongaron hasta que el grupo fue disuelto.

Entonces Iván intervino en el auditorio contra la dictadura: declaró que la libertad era un bien igual a la vida misma, que la restricción de la libertad mutilaba a los hombres igual que los golpes de hacha, que cortan dedos y orejas, y que la destrucción de la libertad equivalía al asesinato. Después de aquel discurso, fue expulsado de la universidad y deportado por tres años a la región de Semipalatinsk (p. 49).



28 La Segunda Guerra Mundial.

29 Todo fluye, ta panta rhei, expresión atribuida al filósofo griego Heráclito (ca. 535 a.C. – ca. 475 a.C.), de hecho no es de él, sino del autor romano Simplicio de Cilicia (ca. 490 – ca. 560 d.C.), quien con la misma quiso sintetizar el pensamiento de Heráclito en su comentario de la Física de Aristóteles (1313.11). La frase sobre el movimiento del agua, igualmente atribuida a Heráclito, se encuentra en la obra Preparación evangélica, del obispo Eusebio de Cesarea: “[...], precisamente como lo hace Heráclito. Queriendo aclarar que hay una eterna producción de almas inteligentes por exhalación, las compara con ríos, diciendo lo siguiente: Aunque uno entra en los mismos ríos, las aguas que fluyen sobre él de vez en cuando son diferentes” (XV.XX.II).

¿En qué consiste la libertad que Iván buscaba y en cuyo nombre perdió su propia libertad?

Antes creía que la libertad era libertad de palabra, de prensa, de conciencia. Pero la libertad se extiende a la vida de todos los hombres. La libertad es el derecho a sembrar lo que uno quiera, a confeccionar zapatos y abrigos, a hacer pan con el grano que uno ha sembrado, y a venderlo o no venderlo, lo que uno quiera. Y tanto si uno es cerrajero como fundidor de acero o artista, la libertad es el derecho a vivir y trabajar como uno prefiera y no como le ordenen. Pero no hay libertad ni para los que escriben libros ni para los que cultivan el grano o hacen zapatos (pp.118-119).

Esta libertad está simbolizada en la inmensidad del mar. Al final de la novela, cuando Iván, al retornar a su pueblo natal, contempla el mar, reflexiona: “*El mar no es la libertad. Es su imagen, su símbolo. ¡Qué hermosa es la libertad si basta con evocarla para que su imagen llene de felicidad al hombre!*” (p. 283)³⁰

El peor momento de su vida es para Iván la conversación que tiene en la cárcel con otro preso, Alekséi Samóilovich, “*la persona más inteligente que nunca he conocido*” (p. 277), porque esa persona hace lo posible para quitarle su ideal y su sueño de libertad. Pero Iván no se rinde:

Y ahí estoy, acostado en la litera, medio muerto, y siento que en mí sólo queda viva mi fe: la historia de los hombres es la historia de la libertad, de la más pequeña a la más grande; la historia de toda la vida, desde la ameba hasta el género humano, es la historia de la libertad, es el paso de una libertad menor a otra libertad mayor; que la vida misma en sí es libertad. Esa fe me da fuerzas (pp.280-281).

Pero, esa historia, por lo que respecta a Rusia y la Unión Soviética, está contrariada por otra historia:

Rusia había visto muchas cosas en mil años de historia. Durante los años soviéticos el país había sido testigo de victorias militares mundiales, enormes construcciones, ciudades nuevas, presas que detenían el curso del Dniéper y el Volga y canales que unían los mares, la potencia de los tractores, de los rascacielos... La única cosa que Rusia no había visto en mil años era la libertad (pp.71-72).

A la narración de la historia de Masha sigue otra, a saber: la que Anna Serguéyevna cuenta sobre lo que había pasado en Ucrania durante los años 1929-1932: primero la llamada deskulakización y después la gran hambruna en el campo³¹. El primer tema lo introduce Anna, diciendo: “*La deskulakización comenzó en 1929, a finales del año, pero el viraje definitivo se produjo entre febrero*

30 En la novela *Vida y destino*, la estepa calmuca, por la que pasa el teniente coronel Darenski para revisar las tropas, es el símbolo de la libertad: “La estepa tiene una particularidad maravillosa. Esta particularidad vive en ella, invariablemente, ya sea al alba, en invierno, en verano, en sombrías noches de lluvia o bajo el claro de luna. Siempre y por encima de todas las cosas la estepa habla al hombre de la libertad... La estepa se la recuerda a aquellos que la han perdido” (Grossman, 2007b, pp. 368-369).

31 Para el caso de la hambruna en Ucrania, ver Tottle (1987).

y marzo de 1930” (p.165). En la historia de Rusia y de la Unión Soviética los llamados kulaks eran terratenientes que tenían grandes propiedades agrícolas y que eran capaces de contratar peones y arrendar partes de sus terrenos. Desde el inicio de la era soviética fueron perseguidos, pero a partir del año 1929 se hizo su persecución mucho más sistemática e incluso se extendió el estigma de kulak a campesinos que, de hecho, no pertenecían a esta categoría. Se llegó a una situación verdaderamente extrema: los kulaks no solamente fueron despojados de sus propiedades, sino también detenidos, matados o mandados a Siberia.

Lo recuerdo bien: antes del arresto les aplicaron un impuesto. Lo pagaron. Para la primera vez les alcanzó; la segunda vez aquel que pudo vendió, con tal de pagar. Creían que si pagaban, el Estado tendría piedad. Algunos sacrificaron el ganado, destilaron vodka del grano, y bebían, comían, porque en cualquier caso, decían, la vida para ellos se había acabado.

Quizá las cosas fueran distintas en otras regiones, pero en la nuestra fue así. Comenzaron arrestando sólo a los cabezas de familia. [...] A los de la primera redada los fusilaron en bloque, ninguno de ellos quedó con vida. A los que arrestaron a finales de diciembre los retuvieron en las cárceles dos o tres meses y luego los deportaron a áreas de reasentamiento para kulaks. Cuando arrestaban al padre no tocaban a las familias, sólo hacían un inventario de sus bienes, que ahora ya no pertenecían a la familia: se los confiaban para que los guardaran.

La dirección regional trazaba el plan con el número de kulaks que debían eliminar en cada distrito, los distritos dividían esa cifra entre los diversos sóviets rurales, y los sóviets rurales confeccionaban las listas.

Encarceladas ya los cabezas de familia, a principios de 1930 comenzaron a arrestar a las familias (pp. 165-166).

Y Anna, por entonces todavía una jovencita, confiesa que también ella había participado en esas operaciones: “Y yo también comencé a caer en el hechizo; cada vez estaba más convencida de que todas las desgracias procedían de los kulaks y que, eliminándolos a todos de un plumazo, llegarían tiempos felices para los campesinos” (p. 167). Pero a la hora de dar su relato, ya ve con otros ojos lo que por entonces pasaba y con qué se había identificado: “Ahora, cuando recuerdo la deskulakización, lo veo de otra manera; el hechizo pasó y veo a los seres humanos” (p.169).

Los que participaban en la persecución de los kulaks estaban convencidos que después de haberlos expulsado del campo, vendrán mejores tiempos para todos los pobres campesinos: “¡Nos equivocamos! – dijo Anna – El hacha se abatió sobre todos los de aquel pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande. Llegó el castigo de la hambruna” (p. 173). La causa de esta hambruna fue doble. Por un lado,

precisamente en aquellos años las tierras produjeron menos³², y, por otro lado, el Estado exigió mayores entregas de trigo a los campesinos. “*Se veía que Moscú tenía todas sus esperanzas puestas en Ucrania. Y fue sobre todo contra Ucrania contra la que más tarde se desencadenaría su ira. El discurso es de sobra conocido: tú no has cumplido el plan, tú eres un kulak encubierto*” (p. 175).

El largo relato de Anna es realmente escalofriante, pero presenta algo que ha pasado y que forma parte de una dramática y trágica historia dentro de lo que ha sido el desarrollo de la construcción de una nueva sociedad. Anna (y sin duda, el mismo Vasili Grossman), apelando a la memoria colectiva y la conciencia colectiva de la humanidad, termina su relato con las siguientes preguntas:

Y nada de eso queda. ¿Dónde fue a parar esa vida? ¿Dónde están aquellos sufrimientos horribles? ¿Es posible que no haya quedado nada? ¿Es posible que nadie responda por todo aquello? ¿Qué todo se olvide, sin una palabra? La hierba lo cubrirá todo.

*Ahora te hago una pregunta: ¿Cómo ha podido pasar todo esto? (p. 192)*³³

A este relato de Anna Serguéyevna, sigue otro, que presenta el caso concreto de una pequeña familia, Vasili Timoféyevich, su esposa Hanna y su hijo pequeño Grisha, víctima de la tremenda hambruna que azotó Ucrania a comienzos de los años '30.

Vasili Timoféyevich murió el primero, anticipándose dos días al pequeño Grisha. Había dado casi todas las migajas de comida a su mujer y al niño, por eso murió antes que ellos. Sin duda, no ha habido en el mundo sacrificio más grande que el suyo ni una desesperación más profunda que la que él sintió al ver a su mujer deformada por el edema y a su hijo agonizante (pp. 195-196).

En la última narración insertada en su novela, Grossman presenta al judío Lev Mekler, fanático revolucionario y bolchevique, responsable de justicia en Ucrania, convencido de que, para que la Revolución pueda prosperar y alcanzar su meta, hay que usar la violencia y sacrificar gente: “*Era un predicador, un apóstol y un combatiente de la Revolución socialista mundial. [...] El futuro reino mundial le parecía infinitamente bello, y por eso Mekler estaba dispuesto a utilizar la más despiadada violencia*” (p. 217). Pero, en un momento dado la Revolución ya no lo necesitaba, porque se optó por el socialismo en un solo país y se pasó a perseguir a los llamados cosmopolitas. Grossman lo compara con un perro que ama a su amo y lo sigue donde sea, aunque a veces el amo lo pisotea, hasta que al final para el amo el perro está por demás.

32 “Después de la deskulakización la superficie de tierra cultivada disminuyó considerablemente y el rendimiento bajó” (Grossman, 2010b:174).

33 En el año 1990 se presentó en un pequeño teatro de Moscú (*U Nikitokix Vorot*) una versión dramatizada de este relato de Anna Serguéyevna, titulada “Monólogo a la luz de una vela”. En la segunda parte de la noche se dio lectura de la carta que la madre de Viktor Pávlovich Shtrum escribió a su madre desde el gueto de Berdeevich.

Pero el perro no había comprendido algo sencillo: que el amo había abandonado su casa de entusiasmo juvenil para trasladarse a una casa de granito y cristal donde aquel perro de corral se había convertido en una carga absurda para él, y no sólo en una carga sino también en un peligro. Y lo mató (p. 221).

3.2. Reflexiones

“*El hechizo pasó y veo a los seres humanos*”, dijo Anna Serguéyevna al final de su dramático relato. Iván Grigórievich, Nikolái Andréyevich, Vitali Antónovich Pineguin, Anna Serguéyevna, Mashenka, Vasili Timoféyevich, Lev Mekler, y tantos otros que aparecen en las narraciones de Vasili Grossman: seres humanos, pero de una u otra manera: ¿todos víctimas de una Revolución, víctimas de un sistema o víctimas de la historia de Rusia? Esta pregunta es la esencia de las reflexiones que Grossman ha hecho y que ha insertado también en la historia de Iván Grigórievich, cambiando la última pregunta de Anna Serguéyevich: “¿Cómo ha podido pasar todo esto?”, en otra: ¿Quién es el culpable de todo esto, de todos estos dramas humanos?

Hasta cierto punto Grossman introduce esta cuestión al final de la breve conversación que Nikolái Andréyevich e Iván Grigoriévich tienen sobre la cuestión de la subscripción de la carta que exigía el castigo más severo para los médicos judíos. A las palabras de Nikolái: “*Amigo mío, amigo mío, no sólo para vosotros, en los campos, la vida ha sido difícil; también lo ha sido para nosotros*”, Iván reaccionó: “*¡Dios me libre! No te juzgo, ni a ti ni a nadie. ¿Qué clase de juez sería yo?*” (p. 64).

Entre el encuentro que Iván Grigórievich tiene con Vitali Antónovich Pineguin y la reflexión que este último hace acerca de la delación que había hecho, Grossman insertó un largo capítulo sobre la actuación de los delatores en la historia de la Unión Soviética, actuación de la que tantísimos seres humanos han sido víctimas, de modo muy especial en el año 1937, llamado el año del Gran Terror.

El capítulo comienza con estas palabras: “*Quién es culpable, quién responderá por ello... Hay que reflexionar, no hay que darse prisa en contestar*” (p. 83).

Y Grossman presenta a cuatro delatores, a cuatro Judas, cada uno con su historia, sus antecedentes, sus denuncias. Y al final de cada relato da una advertencia:

“No nos precipitemos, reflexionemos seriamente sobre este delator”.

“Y aun así, esperemos todavía, no dictemos ninguna sentencia sin reflexionar”.

“Sí, sí, en este punto también hay que pararse a reflexionar. Qué terrible es condenar también a un hombre terrible”.

“Reflexionemos con calma, la sentencia llegará después”.

La segunda parte de este capítulo nos lleva a la sala de un juzgado. Allí se encuentran el acusador, los informadores y delatores, el defensor y el juez. El acusador ataca, insiste en que los que se encuentran delante de él, son culpables: “¿Se reconocen culpables de la muerte de ciudadanos soviéticos inocentes?”. Ellos se defienden:

No, lo negamos categóricamente. El Estado había condenado a esa gente de antemano. Nosotros construimos, por así decirlo, la fachada exterior. En realidad, poco importaba lo que nosotros escribiéramos, si los imputábamos o los absolvíamos; aquellas personas estaban ya condenadas por el Estado (p. 94).

Es un diálogo de sordos, que termina con las siguientes palabras del defensor, palabras inquietantes, con las que Vasili Grossman, en su búsqueda de ser sincero y justo consigo mismo y con los demás, apela también a nosotros, sus lectores:

Sí, sí. Ellos no son culpables. Fuerzas de plomo, oscuras, los empujaron, millones de toneladas pesaban sobre ellos. No hay inocentes entre los vivos, todos son culpables: tú, el acusado, tú, el fiscal, y yo, que estoy pensando en el acusado, en el fiscal y en el juez (p. 101).

Llamativo es el hecho de que el acto en la sala del juzgado termina con el alegato del defensor. No hay sentencia, el juez no aparece o se resiste a tomar la palabra.

Esa culpabilidad ha de ver de alguna manera con la historia misma de Rusia, una historia que se caracteriza grandemente por la ausencia de libertad, por la esclavitud, por la sumisión a un poder supremo que aplasta. Sus reflexiones llevan a Grossman a pensar que en última instancia es el Estado, zarista o soviético, quien es el culpable extremo de la aniquilación del hombre, de la presencia en la sociedad de delatores, de perseguidores, de policía secreta, de ejecutores ciegos de órdenes, de torturadores y verdugos, por un lado, y de hombres y mujeres acusados, encarcelados, expulsados, destruidos...

Lo que había dicho Grossman en una de las primeras páginas de su obra acerca de la historia de Rusia, una historia de grandes logros, pero una historia en que no se ha visto la libertad, lo explicita en una de las últimas páginas del mismo libro. Donde “*la historia de la humanidad es la historia de su libertad*”, “*el desarrollo ruso ha revelado una extraña naturaleza: se ha confundido con el desarrollo de la falta de libertad*” (p. 246).

El zar Pedro I el Grande (1682-1725) y la zarina Catalina II la Grande (1729-1796) promovieron y favorecieron grandemente el progreso en todos sus niveles, pero durante sus reinados “*el abismo entre la libertad y la no libertad cada*

vez se hacía más profundo” (p. 246)³⁴. “Cada escalada hacia la luz abundaba aún más el negro foso de la esclavitud” (p. 248). Fue recién en la segunda mitad del siglo XIX, bajo el reinado del zar Alexandr II (1818-1881), cuando se produjo un cambio en esta situación: el 19 de febrero de 1861³⁵, día del aniversario de su coronación, Alexandr promulgó el famoso decreto de la emancipación de la servidumbre³⁶. Cuarenta millones de siervos se convirtieron en hombres libres. Para Grossman,

ese acontecimiento, como se demostró en el siglo siguiente, era más revolucionario que el acontecimiento de la gran Revolución de Octubre. Ese acontecimiento sacudió los fundamentos milenarios de la vida rusa, fundamentos que ni Pedro ni Lenin tocaron: la dependencia del progreso respecto de la esclavitud” (p. 248).

Esta novedad extraordinaria del siglo XIX tendría que haber desembocado en la democracia, tal como, según el historiador Leonid Serguéyevich Madiárov en *Vida y destino*, otro alter ego de Vasili Grossman, lo había concebido el gran escritor Anton Chejov (1860-1904), considerado erróneamente cincuenta años después de su muerte, debido a “*la estrechez de miras del Partido*”, como “*portavoz de un fin de siècle*” (p. 356).

Pero Chejov es el portador de la más grande bandera que haya sido enarbolada en Rusia durante toda su historia: la verdadera, buena democracia rusa. Nuestro humanismo ruso siempre ha sido cruel, intolerante, sectario. Desde Avvakum³⁷ a Lenin nuestra concepción de la humanidad y la libertad ha sido siempre partidista y fanática. Siempre ha sacrificado sin piedad al individuo en aras de una idea abstracta de humanidad. [...] Chejov dijo: dejemos a un lado a Dios y las así llamadas grandes ideas progresistas; comencemos por el hombre, seamos buenos y atentos para con el hombre, sea éste lo que sea: obispo, campesino, magnate industrial, prisionero de Sajalín³⁸, camarero de un restaurante; comencemos por amar, respetar y compadecer al hombre: sin eso no funcionará nada. A eso se le

34 Al encontrarse en Leningrado, Iván Grigórievich observa también el monumento erigido en homenaje a Pedro el Grande: “Le pareció que no hacía treinta años ni ciento treinta desde que Pushkin había llevado al héroe de su poema a aquella plaza; el divino Pedro nunca había sido tan grande como hoy. No había en el mundo una fuerza más poderosa que la que él había captado y expresado: la fuerza majestuosa de un Estado excelso. Ésta crecía, se levantaba, reinaba sobre los campos, sobre las fábricas, sobre los escritorios de los poetas y los científicos, sobre las construcciones de los canales y las presas, sobre las canteras, los aserraderos y los astilleros, capaz, en su potencia, de apoderarse también de la vastedad de los espacios y de las arcanas profundidades del corazón del hombre que, fascinado, le entrega el don de la libertad, el deseo mismo de libertad” (Grossman, 2010b:79-80). Grossman hace referencia al poema *Poltava*, por medio del cual Alexandr Pushkin (1799-1837) quiso ensalzar la victoria que el zar consiguió sobre los suecos que buscaban conquistar la Ucrania, en la batalla de *Poltava*, 27 de junio de 1709. El mismo Pushkin escribió, sin embargo, el poema *Oda a la libertad*, en el cual criticó fuertemente la autocracia de los zares.

35 Según el calendario ruso, 3 de marzo según el calendario occidental.

36 El mismo zar dijo, al justificar su decreto frente a los opositores: “La situación actual no puede permanecer, y es mejor suprimir la servidumbre de arriba que esperar hasta que se suprima de abajo”.

37 Petrov Avvakum (1620-1682), arcipreste y líder de los creyentes que durante el gobierno del patriarca moscovita Nikon (1652-1666) se opusieron a la reforma litúrgica que aquél había introducido. Avvakum murió en la hoguera.

38 Sajalín: una isla penitenciaria, con cárceles y campos de trabajos forzados, delante de la costa oriental de Siberia. En 1890 Anton Chejov hizo un viaje a esta isla para conocer la suerte y las circunstancias de vida de los detenidos allí (ver Chejov, 2005).



Vasili Grossman
Vida y destino



llama democracia, la democracia que todavía no ha visto la luz en el pueblo ruso (Grossman, 2007b: 356-357).

En vez de atender a lo que Chejov trabajó tanto en sus famosos cuentos, se ha hecho el camino inverso. Desde la Revolución, con todos sus sueños e ideales, hacia la aniquilación de los diferentes partidos y la hegemonía total de un partido único, el partido bolchevique de Lenin y sus más fieles seguidores, y hacia la creación de un Estado todopoderoso y omnipresente, concepto abstracto encarnado primero en la persona de Lenin y después, de una manera más brutal aun, en Stalin³⁹, y como resultado una nueva servidumbre, una nueva esclavitud, una nueva sumisión total, con todas las consecuencias de víctimas y sufrimientos humanos: hombres y mujeres destrozados, perseguidos, etc.

Pero éstos no están solos. En 1954, Vasili Grossman visitó en Moscú una exposición de objetos de arte de museos alemanes que habían sido llevados a Rusia después de la ocupación de la parte oriental de la Alemania hitleriana, y que iban a ser devueltos a aquellos museos. Entre estos objetos se encontraba un cuadro del pintor italiano Rafael Sanzio (1483-1520), *La Madona Sixtina*⁴⁰, que los rusos habían robado de la Gemäldegalerie Alte Meister de Dresde y llevado a Moscú⁴¹. El judío Grossman visitó esa exposición y se dejó impactar grandemente por *La Madona Sixtina*.

Más tarde, caminando en la calle, estupefacto y desconcertado por el poder de estas impresiones instantáneas, no traté de desenredar la mezcla de mis sentimientos y de mis pensamientos. No comparaba esta turbación con los días de lágrimas y de felicidad que a mis quince años había conocido al leer Guerra y Paz, ni con lo que había experimentado al escuchar la música de Beethoven en los momentos particularmente sombríos y difíciles de mi vida.

Entendí que la visión de esta mujer joven con su niño en los brazos me llevaba, no a un libro o a una música, sino a Treblinka...⁴²

Para Grossman, es esa Madona con su niño que “*pisaba con sus pies desnudos y ligeros esta tierra vacilante de Treblinka, caminando desde el lugar donde se descargaban los vagones hasta la cámara de gas*”, la que en la primavera de 1945,

39 Ver los capítulos 21 a 25 de *Todo fluye*. Para Stalin, ver en especial Sebaq (2004).

40 Rafael Sanzio creó la imagen entre 1513 y 1514, probablemente para el sepulcro del papa Julio II (1443-1513), Giuliano della Rovere, cuya familia tenía como patrono a san Sixto, que fue papa de 115 a 125. De ahí el título del cuadro, que fue entregado a los monjes benedictinos de Piacenza. En el año 1754 los benedictinos vendieron el cuadro al príncipe elector de Sajonia Augusto III.

41 Sobre la *Madona Sixtina* en la literatura rusa, ver: Alda Gallerano, *La Madonna Sistina en Russia*, <http://spazioinwind.libero.it/gburrini/contributi/alda/sistina.html>.

42 Grossman, en 1955, escribió un pequeño libro sobre esta experiencia, titulado precisamente *La Madona Sixtina*, del cual se encuentra un extracto en internet: <http://www.lekti-ecriture.com/contrefeux/La-chapelle-sixtine.html>. Las citas de este extracto han sido traducidas por nosotros del francés al castellano. El libro editado es Grossman (2002).

ha venido con nosotros, no como invitada, tampoco como extranjera de paso, sino con los soldados y los chóferes, por los caminos hundidos por la guerra. Ella se ha hecho parte de nuestra vida. Ella es nuestra contemporánea.

“Ella es contemporánea de la época de la colectividad”. “Yo la he visto – dice Vasili Grossman – en la estación de Konotop⁴³, donde se acercó a un vagón del expreso, bruñida por los sufrimientos. Levantó sus ojos espléndidos, y dijo, sin hablar, justamente con los labios: “Pan...”. – “La encontramos nuevamente en 1937: era ella que, de pie en su habitación, apretó a su hijo en sus brazos por última vez, diciéndole adiós y devorando su rostro con sus ojos”⁴⁴. Y así, Grossman quiere hacernos entender que entre nosotros está esa Madona. Termina esta enumeración de encuentros de la Madona con la gente, diciendo:

Nosotros, los hombres, nosotros la hemos reconocido, nosotros hemos reconocido a su hijo: ella, somos nosotros, su destino, somos nosotros. Ellos son lo que hay de humano en el hombre. Y si el futuro conduce un día a la Madona a la China o al Sudán, adonde sea, los hombres la reconocerán como nosotros la hemos reconocido hoy.

Surge espontáneamente la pregunta: ¿Qué es exactamente este humano?

En primer lugar: la libertad, de la que ya hemos hablado en este artículo y que es un tema central tanto en *Vida y destino* como en *Todo fluye*.

En segundo lugar: la fuerza de la vida. Al reflexionar sobre la esencia de la existencia humana y acerca de lo humano en el hombre, Grossman escribió un pequeño ensayo, titulado *Descanso eterno*, en el que contrapone el ‘todo fluye’ a lo que no cambia, a lo que queda siempre, a saber: lo humano en la fuerza de la vida, el espíritu vital del hombre.

Siguiendo a von Clausewitz⁴⁵, se podría decir que el cementerio es una continuación de la vida por otros medios. Los sepulcros expresan tanto los caracteres de los individuos como el carácter de una época particular.

Por supuesto, hay muchos sepulcros tristes, sin carácter. Pero esto significa que hay mucha gente triste, incolora.

Hay una gran diferencia entre los sepulcros de gente importante de años recientes y sepulcros de mercaderes y consejeros privados de antes de la Revolución.

Pero no menos instructivo que esta diferencia es una semejanza: la clara semejanza entre los sepulcros sencillos y ordinarios del pasado y los sepulcros ordinarios de nuestro siglo de cohetes y reactores nucleares.

43 Una ciudad en el norte de Ucrania.

44 Los pequeños hijos de mujeres detenidas fueron llevados a internados especiales.

45 Carl von Clausewitz (1780-1831), militar y filósofo prusiano.

¡Qué poder constante! Una cruz de madera, un montículo de tierra, una guirnalda de papel. Y si vas y observas los sepulcros de un cementerio ordinario de una aldea, este poder constante resulta todavía más evidente.

“Todo fluye, todo cambia”, dijo el griego.

Pero esto no se hace evidente en los pequeños montículos con sus cruces grises. Si todo cambia, se cambia de una manera apenas perceptible. Y esto no es simplemente una cuestión de la tenacidad de tradiciones funerarias. Lo que vemos aquí es la tenacidad del espíritu vital, del mismo fondo de la vida.

¡Qué obstinación! Como en un cuento de hadas, todo ha cambiado. El nuevo orden —electricidad, la aplicación de fuerza química y fuerza nuclear— ha traído numerosos cambios y escuchamos de estos cambios todos los días.

Pero esta pequeña cruz gris, tan similar a la cruz gris puesta allá hace ciento cincuenta años, parece simbolizar la futilidad de las grandes revoluciones, de los grandes cambios científicos y técnicos que han probado ser incapaces de cambiar los aspectos más profundos de la vida. Cuanto más inmutables son las profundidades de la vida, tanto más abruptos son los cambios a la superficie del océano. Tormentos vienen y van, pero las profundidades del océano permanecen⁴⁶.

Y en tercer lugar: la bondad.

Todo el capítulo 16 de la primera parte de *Vida y destino* está dedicado a una reflexión atribuida a Ikónnikov, un antiguo tolstoísta que se encuentra detenido en un campamento de concentración alemán. Esta reflexión gira alrededor del tema del bien y del mal. Según Ikónnikov, a quien también podemos considerar como un alter ego de Vasili Grossman, el bien universal o general se ha fragmentado en bienes particulares, el bien de una iglesia, una secta, un país, un partido, etc., y esto implica que los que se identifican con tal bien particular tratan de eliminar o marginar a los que no comparten este bien. Sin embargo, este bien universal se concreta también en la bondad, que es precisamente lo esencial de lo humano en el hombre.

Es la bondad de una viejecita que lleva un mendrugo de pan a un prisionero, la bondad del soldado que da de beber de su cantimplora al enemigo herido, la bondad de los jóvenes que se apiadan de los ancianos, la bondad del campesino que oculta en el pajar a un viejo judío. Es la bondad del guardia de una prisión que, poniendo en peligro su propia libertad, entrega las cartas de prisioneros y reclusos, con cuyas ideas no congenia, a sus madres y mujeres.

Es la bondad particular de un individuo hacia otro, es una bondad sin testigos, pequeña, sin ideología. Podríamos denominarla bondad sin sentido. La bondad de los hombres al margen del bien religioso y social.

46 “Eternal rest”, en Grossman (2010a). El texto está también en Grossman (2002).

Pero si nos detenemos a pensarlo, nos damos cuenta de que bondad sin sentido, particular, casual, es eterna.

En estos tiempos terribles en que la locura reina en nombre de la gloria de los Estados, las naciones y el bien universal, en esta época en que los hombres ya no parecen hombres y sólo se agitan como las ramas en los árboles, como piedras que arrastran a otras piedras en una avalancha que llena los barrancos y las fosas, en esta época de horror y demencia, la bondad sin sentido, compasiva, esparcida en la vida como una partícula de radio, no ha desaparecido (Grossman, 2007b: 517-518).

El daño que esa bondad sin sentido a veces puede ocasionar a la sociedad, a la clase, a la raza, al Estado, palidece ante la luz que irradian los hombres que están dotados de ella.

Esa bondad, esa absurda bondad, es lo más humano que hay en el hombre, lo que le define, el logro más alto que puede alcanzar su alma (Grossman, 2007b:519)⁴⁷.

En la persona de Iván Grigórievich, Vasili Grossman ha querido presentarnos un hombre que, a pesar de todas las fluctuaciones de su trágica vida, en el fondo de su corazón, silenciosamente, ha conservado la cordura, la libertad, el espíritu vital y la bondad, estas virtudes constantes que marcan precisamente lo humano en el hombre y son capaces de enfrentarse con todo lo que fluye en nuestra realidad. Por eso quiso terminar la composición de su obra *Todo fluye* con estas palabras sobre el protagonista de su obra, cuyo último sueño fue retornar a la casa de sus padres:

Vio los matorrales, los lúpulos. Ni casa, no pozo: sólo algunas piedras blancas, dispersas en medio de la hierba polvorienta, quemada por el sol.

Permaneció allí, de pie: canoso, encorvado y aun así el mismo de antes, inalterable (Grossman, 2010b: 286).

4. Epílogo

Ya en los años '80 y '90 del siglo pasado se llegó a conocer a Vasili Grossman y sus libros comenzaron a impresionar a sus lectores. Sin embargo, fue en especial durante esta primera década del siglo XXI que se descubrió la enorme envergadura de la obra de este autor ucraniano, tanto en su dimensión literaria como en su dimensión humana.

En el centenario de su nacimiento se realizaron dos grandes simposios, uno en Eichstätt, Alemania, y el otro en Turín, Italia.

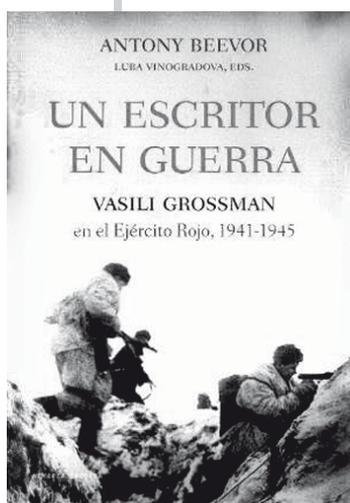
+ El 2 de diciembre de 2005 tuvo lugar en la universidad de Eichstätt-Ingolstadt una conferencia internacional e interdisciplinaria, organizada por el Instituto Central para Estudios de Europa Central y Europa Oriental, y el

47 Para el tema de la bondad en Grossman, ver Rossi (2006:13-38).

Instituto Hanna Ahrendt, con el tema: ¿Enemigos emparentados? El estalinismo y el nacionalsocialismo reflejados en la novela *Vida y destino* de Vasily Grossman⁴⁸.

En 2005 también se defendió una tesis doctoral en Duke University, Durham NC, Estados Unidos, sobre Grossman: Anna Lind-Guzik, *Vasily Grossman: Testing the waters of soviet literary politics and propaganda*.

Los días 12 y 13 de enero de 2006 se realizó en Turín un simposio internacional, organizado por el Centro Cultural Pier Giorgio Frassati, con la colaboración de la Fundación de Arte, Historia y Cultura Hebraicas de Casale Monferrato y la Fundación Rusia Cristiana, con el título: *Vita e destino. Il romanzo della libertà e la battaglia di Stalingrado*⁴⁹. Resultado de este simposio fue también la creación del Centro Studi Vita e Destino: www.grossmanweb.eu. Un segundo simposio tuvo lugar en Turín del 19 al 21 de febrero de 2009, con el título: *Vasilij Grossman tra ideologie e domande eterne*.



En relación con la celebración del centenario del nacimiento de Vasili Grossman se organizó en Turín también una exposición sobre Grossman y su gran obra *Vida y destino*. Esta exposición, que se presentó en Turín en diciembre de 2005 y enero de 2006, se presentó también en otras ciudades de Europa, en Jerusalén (2008), Buenos Aires (2009) y Nueva York (2010).

Del 4 al 7 de febrero de 2007 se presentó en La Maison de la Culture de Bobigny, Francia, una adaptación teatral de *Vida y destino*, escrita por el siberiano Lev Dodine y actuada por estudiantes de la Academia Teatral de San Petersburgo. Y los días 28 y 29 de enero de 2009 se estrenó en Turín una representación teatral de *La Madre*, una adaptación de la carta que

escribió la madre de Viktor Pávlovich Shtrum a su hijo.

Para terminar, el 6 de mayo de este año 2010 el periódico *The Guardian* de Londres publicó una entrevista que el periodista Luke Harding tuvo en Moscú con la hija de Vasili Grossman, Ekaterina Korotkova Grossman. Ella relató que en 1941 pudo escapar con su madre de la ciudad de Kiev, la capital de Ucrania, y establecerse en Tashkent. En 1955 se estableció en Moscú, donde por fin pudo conocer de cerca a su padre. En la entrevista la ahora octogenaria Ekaterina dio el siguiente sencillo testimonio de su padre:

Mucha gente perdió su fe en los seres humanos. Él nunca lo hizo. Si se lo compara con los que hoy en día interpretan los acontecimientos, él era un idealista. Creía que aún en la persona más terrible se puede encontrar algo bueno.

48 Las ponencias fueron publicadas en *Forum für osteuropäische Ideen- und Zeitgeschichte*, 10 (2), 2006.

49 Las ponencias de este simposio fueron publicadas en Maddalena y Tosco (2007).

Referencias bibliográficas

1. Aguilés, Julián. "Andrei Platonov o la tragedia del escritor como ingeniero del alma". <http://www.diariodigital.com.do/articulo,56432,html>.
2. Beevor, Antony y Luba Vinogradova (eds.). 2006 *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*. Barcelona: Crítica.
3. Bonnet, Dominique. 2010 "Chronique d'une mort annoncée par une mère à son fils: l'indicible anticipé dans *La dernière lettre de Vassili Grossman*", *Interférences littéraires*, nouvelle série, 4, pp. 77-84. También en Internet.
4. Chandler, Robert. 2007. "Vasili Grossman. En nombre de los que yacen en la tierra". Revista *Letras Libres*. Febrero de 2007: <http://www.letraslibres.com/index.php?art=11832>.
5. Chejov, Antón P. 2005. *La isla de Sajalin*. Valparaiso: Editorial Alba.
6. Chentalinski, Vitali. 1994 *De los archivos literarios del KGB*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
7. Ellis, Frank. 1994. *Vasily Grossman. The genesis and evolution of a Russian heretic*. Oxford, UK: Berg Publishers.
8. Garrard, John. 1994. "The original manuscript of *Forever flowing: Grossman's autopsy of the new soviet man*". *The Slavic and East European Journal*, 38 (2), pp. 271-289.
9. Garrard, John y Carol Gallard. 1996. *The bones of Berdichev. The life and fate of Vasily Grossman*. New York: Simmon and Schuster.
10. Grossman, Vasili Semenovich y Gershon Aharoni. 1984. *The Treblinka Hell: Photographic album of martyrs, heroes, and executioners*. Tel-Aviv: Lodge "Bnei Brith".
11. Grossman, Vasili y Ilya Ehrenbourg. 1995. *Le Livre Noir. Sur l'extermination scélérate des juifs par les envahisseurs fascistes Allemands dans les régions provisoirement occupées de l'URSS et dans les camps d'extermination en Pologne pendant la guerre 1941-1945 textes et témoignages*. Arles-Paris: Actes Sud-Solin.
12. Grossman, Vassili. 2002. *La Madonne Sixtine*. Paris: Interferences Eds.
13. ----- 2006. *Oeuvres*. Paris: Éditions Robert Laffont.
14. ----- 2007. *La paix soit avec vous. Voyage en Arménie*. Lausanne: L'Age d'Homme.
15. ----- 2007. *Vida y destino*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
16. ----- 2009. *Años de guerra*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
17. ----- 2010a. *The Road*. London: MacLehose Press.
18. ----- 2010b. *Todo fluye*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
19. Maddalena, G. y P. Tosco (eds.). 2007. *Il romanzo della libertà. Vasilij Grossman tra i classici del XX secolo*. Roma: Rubbetino.
20. Nékrasov, Viktor. 1962. *Front-line Stalingrad*. London: Harvill Press.
21. Rossi Monti, Martino. 2006. "Sarete come dei. Fascino della forza e conformismo sociale in due episodi bellici". *Intersezioni. Rivista di storia delle idee*, 1, 2006, pp. 13-38.
22. Sebaq Montefiore, Simon. 2004. *La corte del zar rojo*. Barcelona: Crítica.
23. Shentalinski, Vitali. 2006. *Denuncia contra Sócrates. Nuevos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
24. Tottle, Douglas. 1987. *Fraud, famine and fascism. The Ukrainian genocide myth from Hitler to Harvard*. Toronto: Progress Books. También en Internet.